

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)
Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios
Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



El amor pasó de moda, I
Dinámicas y características de una generación de jóvenes

PRESENTA

María Teresa de Alba Robles
Licenciatura en Periodismo y Comunicación Pública

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías
Asesor de productos audiovisuales: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, otoño de 2022

ÍNDICE

REPORTE PAP	3
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	3
Resumen	3
1. Introducción	4
1.1. Objetivos	5
1.2. Justificación	6
1.3 Antecedentes	8
1.4. Contexto	23
2. Desarrollo	26
2.1. Sustento teórico y metodológico	37
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	38
3. Resultados del trabajo profesional	48
4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto	53
5. Conclusiones	57
6. Bibliografía	60

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio–profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

Esta investigación pretende analizar cómo los jóvenes universitarios nacidos en el siglo XXI de clase media–alta en Guadalajara viven el “amor” en pareja. En Jalisco ha disminuido el número de matrimonios y ha aumentado el número de divorcios. Los jóvenes son más propensos a dejar relaciones, prescindir de ellas. Sus ideas sobre el matrimonio y la familia se están transformando. Lo que me hace pensar que el amor romántico, con todas las funciones que tenía, pasó de moda. Las personas están en busca de conexiones, en vez de relaciones, según el sociólogo polaco Zygmunt Bauman en su libro *Amor líquido* (2002).

En esta investigación recuperaré los factores que están incidiendo en cómo se vive el amor, como la individualidad, el sexo casual, el desamor, el narcisismo y la modernidad. A la vez, daré cuenta de las dinámicas más comunes en las relaciones, en una época atravesada por el consumismo, las nuevas tecnologías, los movimientos sociales y problemáticas que han alcanzado un punto crítico. Analizaremos el contexto, específicamente del siglo pasado, haciendo hincapié en los diferentes cambios sociales y económicos, que han transformado instituciones como la familia y el matrimonio.

1. Introducción

Esta investigación surge de una necesidad de entendimiento. Veo a un montón de parejas frustradas, que se deshacen. Personas que tienen una gran voluntad para amar, pero poca consciencia sobre lo que implica, que están asustadas del compromiso, y ponen límites y expectativas cada vez más difíciles de cumplir. Y pienso “somos jóvenes, vamos a hacerlo mejor en algún punto”, pero una búsqueda rápida en internet te lanza que 33 de cada 100 matrimonios acaban en divorcio en (INEGI, 2023). En realidad, lo único que se necesita para enfrentar un panorama desolador, es poner atención a las parejas de adultos, hacer porcentajes mentales de cuántas son felices.

México es un país en transición en cuestión del amor. No nos parecemos a las sociedades occidentales en las que los divorcios están al alza desde los años setenta (Rodríguez, 2020) y las relaciones son casi obligatoriamente monógamas y

heterosexuales, pero tampoco nos asemejamos a las relaciones tradicionales de antes, que estaban regidas por roles de género estrictos y funciones sociales.

Por ejemplo, las serenatas, que el hombre pague en la primera cita, que sea él quien pida a la mujer ser novios, entre otras costumbres siguen siendo bastante comunes. Aunque los matrimonios estén disminuyendo, a la par de otros países como España o Inglaterra, sigue habiendo prácticas tradicionales e incluso machistas, como relegar todas las tareas domésticas y de cuidado a la mujer o casarse con el propósito principal de formar una familia.

Todavía no están garantizados los mismos derechos que tienen las sociedades occidentales, por ejemplo, el matrimonio igualitario acaba de ser legalizado el 14 de junio de 2023 y en la gran mayoría de los estados todavía no hay la estructura o la reglamentación para abortar de manera segura. Pero hacía allá vamos, reitero, somos un país en transición.

Además, las ideas sobre una relación más democrática, exenta de las reglas sociales y los roles de género han ganado mucha popularidad en los sectores de jóvenes universitarios, que imaginan un tipo de amor en el que ambas partes sean exitosas, tengan independencia, y dure mientras sea la voluntad de los dos.

Sin embargo, este nuevo tipo de amor moderno, del que se ha teorizado suficientemente, viene con sus propios problemas. Bauman (2002) escribió que, en un mundo moderno y líquido, el consumismo y el capitalismo han modificado la profundidad y la duración de las relaciones. Insiste en que “Uno pide menos, se conforma con menos y, por lo tanto, hay una hipoteca menor para pagar y el plazo de pago es menos desalentador”.

Somos una generación en búsqueda de referentes, según la psicóloga Maelvi Muñoz (2023). Creemos en el amor, pero al mismo tiempo no queremos una relación como la de nuestros padres o nuestros abuelos, ni tampoco recluirnos en la soledad. Es enorme nuestra sorpresa, cuando el amor se acaba y al no estar respaldado por una institución o un peso simbólico, nos separamos. Y pasado un tiempo lo intentamos otra vez. Y una vez más.

1.1. Objetivos

El objetivo de esta investigación es entender por qué la generación Z (mediados de 1990 a mediados de 2000) en Guadalajara de clase media o alta se relaciona de la

manera en la que lo hace. Explicaré los procesos estructurales que moldearon el amor en las últimas décadas para constatar, que nunca es una dimensión meramente personal, sino que está fuertemente atada al contexto de cada sociedad. Me interesa reflexionar sobre las nuevas necesidades afectivas de los jóvenes, que no atienden exclusivamente reglas o costumbres como el matrimonio, la heterosexualidad, y la monogamia, aunque siguen siendo preceptos importantes para gran parte de la población. Y pensar en qué sí se atiende, a qué sí se le da valor. Analizar la supuesta libertad para escoger, vendida por la modernidad y preguntarnos como lo hizo la filósofa franco-israelí Eva Illouz: “¿Constituye la libertad un peligro para la posibilidad de entablar vínculos serios y comprometidos, en particular vínculos de índole romántica?” (2020).

Quiero entender por qué el amor es una experiencia tan propensa a acabar en separación, por qué mi generación va a enfrentar tantos retos a la hora de relacionarse. Y en esta investigación, argumentaré desde todos los ángulos posibles —económico, social, cultural, filosófico— por qué pienso que el amor “pasó de moda”. También me plantearé si es necesaria esa nostalgia generalizada de otros tiempos en los que las relaciones no eran tan inmediatas, ni tan fáciles de disolver. A escala mundial, los líderes de derecha han capitalizado el discurso de la restauración de la “familia tradicional”, pero creo que el deseo inconsciente de atenerse a un sistema —y por ende, terminar con la incertidumbre— no tiene que ver con ideologías, tiene que ver con el humano.

El filósofo español José Ortega y Gasset se preguntó: “¿Es la vida humana en su dimensión más humana una obra de ficción?” (1981). Si rechazamos las formas en las que se vivió el amor en generaciones anteriores, ¿qué otras nos vamos a inventar?

1.2. Justificación

Se ha escrito una infinidad de libros y películas de amor. Hay al menos 100 millones de canciones de amor (Chilton, 2023). Todos y todas tienen al menos una historia de amor. Bauman dice que el amor y la muerte son las experiencias más universales para el ser humano (2002). En la dimensión personal, este tema nos obsesiona, y sin embargo, en la esfera pública, pocas veces se habla de amor de manera estructural. En esta investigación me propongo argumentar la importancia

del amor en nuestra vida cotidiana. En ese sentido pretendo hacer un análisis macro sobre un tema que siempre se ha considerado íntimo y privado, relegado a la cultura y la psicología.

La escritora estadounidense Bell Hooks escribió en su libro *Todo sobre el amor*:

En la actualidad, una mujer que habla de amor sigue siendo sospechosa, Quizá porque todo lo que una mujer instruida puede decir sobre el tema constituye una amenaza y un desafío directo a las visiones ofrecidas por los hombres (Hooks, 2002).

Creo que las relaciones, la falta de ellas, las rupturas, los enamoramientos, las depresiones ocasionadas por desamor influyen directamente en la sociedad, y merecen el mismo estudio que otras disciplinas. En especial en esta época en la que las reglas establecidas, se difuminan, y lo privado se fusiona con lo público.

El amor en pareja está en crisis por factores que trascienden nuestra buena voluntad. Nunca ha sido algo únicamente personal, siempre ha estado sujeto a los cambios estructurales de los diferentes contextos. Su función social fue por muchos siglos inamovible y definitiva, los roles de género agudizaron los papeles que una pareja preformaba durante el matrimonio. El “amor” empieza a ser un factor de importancia en la conformación de una pareja en el siglo XVIII, antes estaba relegado a las historias trágicas que se exhibían en los teatros y se escuchaban en las calles. Sin embargo, durante el siglo XX, las transformaciones sociales ocasionadas por guerras, movimientos sociales y cambios tecnológicos pusieron en crisis la institución del matrimonio, justo cuando amor y matrimonio empezaban a enlazarse. Los valores como “solo y único” “para siempre” se diluyeron en la segunda modernidad. La función social del matrimonio ya no es indispensable como alguna vez lo fue, la mayoría de las parejas que se casan lo hacen por amor, tradición o un proyecto de vida en común. Por eso mismo los matrimonios han disminuido desde el siglo XXI y los divorcios también han aumentado. Si no hay esquemas sólidos que apoyen o perpetúen nuestras formas de relacionarnos, quedamos a la deriva, con la impresión de tener libertad y voluntad para decidir sobre nuestras parejas, pero también con una enorme incertidumbre sobre el futuro. Los jóvenes de Guadalajara se muestran optimistas frente al amor, pero el

individualismo, las redes sociales y el capitalismo modifican la intensidad y la duración de nuestras relaciones. Si el amor no está institucionalizado, las relaciones quedan a nuestras reglas y voluntad. Queremos romper con paradigmas, como la violencia de género dentro de la pareja, el amor romántico y obligatoriamente heterosexual y, sin embargo, nos enfrentamos con todo el peso de la libertad. La académica Katy Evans lo explica así:

El amor, podríamos argumentar, es ahora más claramente alentado y respaldado que en cualquier otro momento de su historia por una cultura asocial de derecho y realización personal. Sin embargo, paradójicamente, el poder del amor para recompensar y enriquecer se ve disminuido porque ya no se asocia con restricciones y prohibiciones (Evans, 2002).

A lo largo de esta investigación, haré un recuento de los medios en los que se ha expresado el amor y sus funciones a través de los siglos. Argumentaré por qué el amor siempre ha estado condicionado por la economía y los cambios sociales. Me apoyaré en los aportes teóricos de filósofos y sociólogos para comprender las dinámicas de pareja. Por último, entrevistaré a jóvenes universitarios heterosexuales sobre sus experiencias y expectativas sobre el amor, en un tiempo en el que la familia y la pareja parece ser una opción más que un deber.

1.3 Antecedentes

Antes de preguntarse si el amor pasó de moda habría que definir qué es el amor, y cómo se ve en México.

En esta investigación, me basaré en varias definiciones del amor para delimitar y especificar a qué me refiero cuando hablo de amor. En primer lugar, el amor, se entenderá como relación en pareja. El psicólogo estadounidense Stenberger (1986) estableció que cualquier definición de amor debía de incluir al menos tres aspectos: intimidad, pasión y compromiso. Aunque existan diferentes niveles de intimidad, pasión o compromiso, al hablar de amor se engloban estas tres cuestiones. A la vez, también se especificará el tipo de amor de ser necesario, sin que una categoría sea excluyente de otra. El amor romántico, que está ligado a la idealización y la fantasía (Alberoni, 1984), el amor pasional, enfocado en el rechazo

de alguna de las partes, el sufrimiento o la consumación sexual de la relación (Caruso, 1969), y el amor conyugal, establecido en la confianza, el cariño y la convivencia (Rubin, 1970). También me apoyaré en la definición provista por la investigadora Natalia Tenorio Tovar (2012), que entiende al amor no solo como una relación entre dos individuos basada en afectividad y emoción, sino como también adscrita a factores estructurales, que varían según la época, la clase social, la cultura y el ideal del amor. Al referirme al amor, hablaré específicamente de situaciones en las que ninguna parte de la pareja este coaccionada por factores económicos o de violencia. El segmento metodológico estudiado se tratará de jóvenes de clase media alta universitarios.

El amor también tiene su dimensión química. Estudios neurológicos explican que al menos 12 áreas del cerebro son utilizadas para enamorarse y se liberan sustancias como la adrenalina, la dopamina, la serotonina, la oxitocina o la vasopresina. Además, el amor al igual que las drogas inunda el cerebro de dopamina, y crea dependencia, abstinencia y sensaciones de recompensa, según el Centro de Neuroética de la Universidad de Oxford.

Por último, usaré la definición del filósofo alemán Erich Fromm en *El arte de amar* (2002): el amor es un arte, que requiere conocimiento y esfuerzo, más que un sentimiento. El amor es una facultad, no un objeto.

En este apartado, haré un recorrido conciso sobre la literatura del amor, hasta llegar a la modernidad, que es el tiempo que nos interesa. El primer poema del que se tiene registro es el Poema de Gilgamesh, creado en Sumeria en el III milenio A.C. de autoría anónima. La poesía lírica nació en Grecia en el siglo VI a.C., cuando se recitaban historias épicas acompañados de una lira, como *La Ilíada* (segunda mitad del siglo XVIII a.C.) atribuida a Homero. En este clásico se cuenta la invasión de los griegos a Troya, cuando Paris, el príncipe de Troya, se enamora profundamente de Helena, la esposa del hermano del rey griego y se la roba. Contiene varias historias de amor como la de Héctor y Andrómaca o Aquiles y Briseida.

En la Edad Media (476, caída del Imperio Romano de Occidente, a 1492, descubrimiento de América) se popularizaron los trovadores y los juglares que se dedicaban a cantar canciones sobre las victorias de los reyes y hazañas. En un tiempo marcado por la teocracia, la superstición, guerras violentas y epidemias, nació el amor cortés, que tiene su origen en siglo XII en los círculos aristocráticos de

Francia (Tovar, 2012). Consistía en leyendas y cuentos de amor con un final trágico. Generalmente la trama se basaba en una joven de alta alcurnia que se enamoraba de un hombre de bajo estatus. De esa tradición se puede rescatar la leyenda de *Tristán e Isolda*, socializada en el siglo XII y de origen francés. Aunque también había obras como *El Decamerón* (1351–1352) o *Los cuentos de Canterbury* (1383–1400), que, en contraposición al amor puro y no consumado, ahondaban en detalles eróticos y burlescos. Durante la Edad Media, la literatura del eros buscaba adaptarse a la corriente predominante del ágape, es decir amor a Dios (Gerli, 1980). “Cabe decir que el lenguaje del amor profano está completamente confundido con el de la religión durante los siglos XV y XVI.” En su libro *Las conspiradoras* (1994), Jean Franco narra la vida de las monjas en los conventos coloniales en México, en las que se sometían a castigos físicos y eran presas de visiones místicas, cuidadosamente analizadas por los sacerdotes. Cuenta la historia de una monja, María de San Joseph (1656–1736), que escribía en sus diarios visiones sobre besar las llagas de Jesús y beber su sangre.

El Renacimiento (XV al XVI) fue una época de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna marcada por grandes avances en ciencia y arte. Florencia fue la ciudad en la que nació y se desarrolló el movimiento, con exponentes como Leonardo Da Vinci y Botticelli. Se retomaron valores de la antigua Grecia y Roma, sustituyendo la teocracia por el antropocentrismo e instaurando el humanismo como corriente de pensamiento. Las primeras etapas del Renacimiento se caracterizaron por dejar de lado a Dios como tema central y hacer de la mujer el objeto lírico de deseo. “Un mundo en el que Dios en el mejor de los casos es admitido o tolerado” (Acera, 1989). De esta tradición derivó la obra *Romeo y Julieta* (1595) y los poemas de amor del español Lope de Vega (1562–1635), “Hermoso desaliño, en quien se fía cuanto después abrasa y enamora, cual suele amanecer turbada aurora, para matar de sol al mediodía”.

El amor como lo entendemos tiene su origen en la modernidad en el siglo XVIII, “el Siglo de las Luces”, cuando las mujeres empezaron a formar parte de la decisión de matrimonio, según la académica inglesa Mary Evans (2003). Los gestos románticos y el *cortejo* se volvieron la norma en las sociedades burguesas, a la par de la ilustración, las ideas de igualdad y democracia (Evans, 2003).

El amor sufrió de una “feminización” en este siglo (Giddens, 2006). Se creó “el hogar” así como también se inventó la maternidad. Es decir, se le adjudicó a la

mujer el rol de cuidar y querer a los hijos. Se le atribuyeron las tareas domésticas y del hogar. Es por esto por lo que el amor se consideraba algo femenino, en el que solo participaban activamente las mujeres y pasivamente los hombres (Giddens, 2006). Además, la novela y la novela epistolar empezaron a popularizarse en este siglo. Por mencionar algunas grandes obras de amor están, *Pamela* (1740) de Samuel Richardson, que es una novela epistolar en la que la joven protagonista permanece virtuosa y sincera ante las proposiciones deshonestas de su amo, hasta que consigue reformarlo y se casan. *Las amistades peligrosas* (1782) de Pierre Choderlos de Laclos, que cuenta mediante cartas las aventuras amorosas de dos nobles ociosos e implanta el canon de la novela epistolar. Además de otras grandes obras como la novela de aventura *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift, y *L'Encyclopédie* (1751–1772), la obra que contiene los trabajos más importantes de la ilustración francesa, con aportaciones de Voltaire o Diderot. La revolución francesa (1789), extendió valores como la libertad, la igualdad y la fraternidad e hizo hincapié en la autonomía de los humanos. Illouz (2020) explica que, en el marco de este siglo de transformación social e intelectual, el amor que era relacionado a la cosmología de Dios en sociedades occidentales pasa a ser algo personal, que reafirma el derecho del individuo a los sentimientos. Prueba de ello fue la novela epistolar de Rousseau *Julia o la nueva Eloísa* (1761) en la que una joven acomodada y su maestro de clase humilde, se enamoran perdidamente y en contra de las reglas sociales, deciden seguir sus sentimientos.

Sin embargo, la figura del matrimonio tiene sus orígenes en las tradiciones griegas, romanas, hebreas y cristianas en la antigüedad. Los discursos y las prácticas se han modificado a lo largo de los siglos, ateniéndose al contexto social y económico de cada época. Pero los valores más importantes han permanecido, por ejemplo, los lineamientos contenidos en las cláusulas eclesiásticas de tiempo (para toda la vida), exclusividad (fidelidad) y los roles que cada género debe de cumplir dentro del mismo (patriarcado) (Díaz–Loving, 2014).

Durante la colonia en México el matrimonio estaba regido por un sistema de castas que aseguraba el estatus social (Franco, 1994). Criollo, mestizo, castizo o español eran algunas de las categorías en las que las parejas y su descendencia eran acomodados. En ese contexto la mujer novohispana tenía la posibilidad de ser una monja, una esposa o bien una prostituta. La Iglesia era la institución

responsable de concretar los matrimonios, así como de llevar los registros (Quilodrán, 2019).

A la vez, la Iglesia también fungía la autoridad moral para reglamentar los comportamientos de las parejas (Rocha, 1996). El confesionario y la penitencia eran los instrumentos en los que se controlaban las conductas. Martha Eva Rocha, en su artículo “Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870–1968” (1996) escribe que en 1765 un confesionario repasaba 95 preguntas solo para comprobar las faltas al sexto y noveno mandamiento.

El amor cortés, también se transmitió mediante leyendas en México. La leyenda de amor más famosa en el imaginario colectivo del país, *El callejón del beso* está situada durante el siglo XVIII, cuando se construye la famosa edificación en la ciudad de Guanajuato, donde se supone que sucede el evento. Esta leyenda cuenta la historia de amor y tragedia de Carmen, hija única de un señor rico, y Luis, un minero. El padre de ella desaprobaba su relación, por la que le impidió a Carmen ver a su amado, pero Luis se las arregló para comprar la casa de enfrente, en la que el balcón quedaba a pocos centímetros del balcón de la habitación de Carmen. Así lograron encontrarse durante las noches. Cuando el padre de Carmen los descubre, asesina a su hija en un ataque de ira.

La leyenda es romanticismo puro. La muerte se manifiesta como respuesta máxima del amor. Denis de Rougemont escribió en su libro *El amor y Occidente*:

El amor dichoso no tiene historia. Solo pueden existir novelas de amor mortal, es decir amor amenazado y condenado por la vida misma. Lo que exalta el lirismo occidental, no es el placer de los sentidos, ni la fecunda paz de una pareja. No es el amor logrado. Es la pasión del amor. Y pasión significa sufrimiento. He ahí el hecho fundamental (Rougemont, 1979).

Otra leyenda situada a finales del siglo XVIII, probablemente menos famosa, tiene lugar en Lagos de Moreno y fue escrita por Alfonso de Alba en su compilación de leyendas *El toque de queda* (2012). Se titula *La cruz verde*.

A mediados del siglo XVII el recién llegado a Lagos, Don Julián se enamora perdidamente de una mujer misteriosa a la que solo vio una vez. Descubre donde vive y espera por meses su oportunidad, hasta que por fin entiende que la joven que lo cautivo vive en las más extrañas condiciones. Teresa Cervantes de Cuenca es la

hija de un militar español que no le permite salir de la casa. Su madre se fue con un comediante, hundiendo en humillaciones al viejo militar, que desde entonces la cuida obsesivamente. Cuando por fin Don Julián logra hacerle llegar una misiva en la que se confiesa, Teresa le pide que la visite cuando en su ventana coloque unos helechos en forma de cruz. El padre descubre la cita nocturna que concretan los enamorados y a la mañana siguiente interna a su hija en el convento de Capuchinas, en el que muere al poco tiempo. Años más tarde, Don Julián compra la casa en la que vivió su amada y manda a poner una cruz verde en la fachada, en honor a Teresa. Muere joven y desgraciado.

Es así como a mediados y finales del siglo XIX la literatura mexicana empieza a formar un arquetipo de relación en la que el hombre tiene el deber moral y cristiano de amar a la mujer (Esteinou, 2016). Lo cual pasaba en Occidente. A principios del siglo Jane Austen publicó *Orgullo y prejuicio* (1813), novela en la que el personaje principal escoge a su tiempo y con sus condiciones quién será su esposo. En el periodo de pugna entre liberales y conservadores, la Iglesia y el Estado son los reguladores de las relaciones en pareja. Las Leyes de Reforma (1855–1857) buscaban desligar las funciones del Estado que realizaba la Iglesia, entre ellas las operaciones de registro de nacimiento, defunciones y matrimonios. En 1859 se constató que la única autoridad válida para realizar los matrimonios era el Estado. A partir de entonces, en las bodas civiles se leía la epístola de Melchor Ocampo, escrita por este destacado político. En ella se establecía que el matrimonio era el único medio en el que el hombre puede “fundar una familia, conservar la especie y suplir las imperfecciones del individuo” (Gómez Porchini, 2014). En este contrato ambos tienen una función: “el hombre cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer, protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo”, mientras que la mujer, “cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende”. Esta epístola se leyó durante 150 años en todos los matrimonios civiles, hasta 2007, cuando la Cámara de Diputados y Senadores votaron para que se suspendiera su lectura (Garza Arregui, 2017).

La epístola definía las funciones sociales del hombre y la mujer, así como la división de tareas más que la afectividad de la pareja. Se estipulaba que el hombre debía proveer económicamente y la mujer encargarse de las tareas domésticas, así como las actitudes morales que se deben el uno al otro (Esteinou, 2008). En el Código Civil de 1870, se estableció que el matrimonio era “la sociedad legítima de un solo hombre y una sola mujer que se unen en vínculo indisoluble para perpetuar su especie y ayudarse a llevar el peso de la vida” (Baqueiro, 1971).

En la Iglesia se vuelven populares los sermones y boletines sobre las relaciones libres de pecado, se dictan las normas morales para llevar una relación respetuosa y basada en ciertos estándares como la virginidad y el pudor (Rocha, 1996). Mientras tanto el Estado regula los roles de género, los adscribe para el funcionamiento social.

Las parejas empiezan a ganar un poco de libertad, dentro de las reglas sociales, para escoger con quien casarse. Los rituales del noviazgo se transforman en visitas a la casa familiar, paseos por la plaza. Las muestras de amor son las miradas al cruzarse por la calle, los retratos que se regalan para soportar la ausencia del amado y las cartas y notas románticas (Rocha, 1996).

En las dinámicas relacionales de la primera mitad del siglo XX, el amor romántico estaba separado del amor pasión (Esteinou, 2016). La idealización del papel de la madre, de la que hablamos anteriormente, ató a las mujeres al hogar. Según la académica Rosario Esteinou, en su artículo “Intimidad y amor romántico entre 1900 y 1950 en México: discursos y normas” (2016), las costumbres religiosas y sociales separaban a la mujer del mundo exterior. Y como consecuencia indirecta fomentaba la relación de amistad con otras mujeres, igualmente comprometidas en su rol de madre y esposa. Mientras tanto el esposo, buscaba expresar su sexualidad fuera del matrimonio, al igual que desahogar otras tensiones que le pudieran causar el hogar (Esteinou, 2016).

La sumisión era promovida en las publicaciones morales de la época, la mujer debía de tener una actitud pasiva en la relación (Esteinou, 2016). Es por ello que académicas como Collignon y Rodríguez (2010) argumentaron que la vulnerabilidad y la confianza plena no eran permitidas del todo en las relaciones. El mundo de la mujer y del hombre era concebido como radicalmente distinto. “¿Te riñe tu esposo? Sufre y calla. ¿Te es infiel? Lloro. ¿Te abandona y desprecia? Lloro

mucho más... No olvides que, si los hombres subyugan con la fuerza, las mujeres conquistan con el ruego y con las lágrimas..." (Estrella, 1885).

Un cambio en el paradigma de los matrimonios surge de la Constitución de 1917 cuando se expresa que en un matrimonio las dos partes deben de participar consensuadamente y el vínculo es disoluble. En la Constitución de 1859 aún el contrato de matrimonio era indisoluble. En 1917 también se establecen las obligaciones domésticas de la mujer y se estipula que para ejercer un trabajo o una profesión tiene que pedir permiso al marido (Esteinou, 2016). No es hasta 1970 cuando se reforman estas obligaciones. Otro cambio importante en el paradigma empieza al final del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando el positivismo y los avances en la medicina permiten una comprensión más amplia del cuerpo. Entonces las mujeres empiezan a ir al médico, que a la vez se convierte en un vigilante de las conductas íntimas y sexuales (Rocha, 1996). Por último, los avances en el psicoanálisis en la primera mitad del Siglo XX, que centran la libido como motor de muchas actividades no necesariamente sexuales, también transforman la forma en la que se entiende la sexualidad.

Martha Eva Rocha (1996) identifica una vanguardia postrevolucionaria en cuanto a feminismo y educación sexual. Cuenta la propuesta de Hermila Galindo, fundadora de la revista *La mujer moderna* (1915), miembro del Primer Congreso Feminista de Yucatán (1916) y secretaria de Venustiano Carranza, quien argumentaba que la mujer poseía el mismo instinto sexual que el hombre. A la vez, el proyecto educativo de Narciso Bassols, que buscaba poner en marcha en las escuelas clases de orientación sexual, lo cual terminó en su despido de la Secretaría de Educación Pública. En esta época de restablecimiento Plutarco Elías Calles fungió como presidente de México en los años 1924–1928, y puso en marcha políticas sociales importantes como la creación del Banco de México, la construcción de carreteras, y numerosas escuelas rurales (Valenzuela, 2015), fundó el PRI (en ese entonces PNR) junto con otros políticos en 1929, y declaró que México debía de ser un país de instituciones, no de caudillos.

Sin embargo, al reformar el artículo 130 de la institución en el que se estableció que la Iglesia debía de pagar cuota al gobierno y limitar la participación y culto de los mexicanos estalló la Guerra Cristera (1926–1929) que, en décadas posteriores, tuvo resurgimientos (1934–1938). Lázaro Cárdenas, quien fue presidente de México de 1934 a 1940, continuó las políticas sociales y consolidó el

partido. Fue él quien terminó por exiliar a Calles en 1936 por injerir en los mandatos presidenciales (Benítez, 1984). Durante su sexenio sucedió un proceso de nacionalismo importante en el país, especialmente la expropiación petrolera de manos extranjeras en apoyo a los obreros y la Reforma Agraria (Benítez, 1984). En esta década se consolida fuertemente el muralismo mexicano, que empezó en 1922 en el marco del proyecto educativo de José Vasconcelos. Fue un momento de unificación, inclusive, cesó la hostilidad con la Iglesia.

En la década de los años cuarenta, durante el gobierno de Miguel Alemán, el Estado se concilia con la Iglesia después de este periodo de separación violento (Rocha, 1997). Se le permite a la Iglesia influir en las normas educativas y se reconoce nuevamente su poder moral sobre la población. De esta manera, las vanguardias y los feminismos terminan por volver a ser corrientes periféricas (Rocha, 1996).

Se populariza en ese entonces el programa de radio “Doctora Corazón”, en el que se dan consejos a las jóvenes para emprender la virtuosa tarea de ser esposa y madre. Las revistas tienen una sección de consejos, así como también le dedican gran espacio a “bodas” en donde muestran opciones de vestidos, pastel y electrodomésticos. Rocha hace un recuento de titulares de la nota roja durante estos años: “Una niña de quince años tomó cianuro después que sus padres le negaron el permiso para salir a pasear con su novio” (Rocha, 1996), “Romántica y agraciada jovencita sacrifica su honra por amor y después intenta suicidarse al verse traicionada” (Rocha, 1996).

En “Doctora Corazón” los consejos son implacables, permanecer virtuosa y obediente al padre son obligaciones. Se recomendaba no ir al cine, no aceptar paseos largos en el coche, y se culpabilizaba a las jóvenes que coaccionadas, o complacientes, permitían estos comportamientos. “Las consejeras sentimentales instrumentan para guiar a sus lectoras un discurso moral con fundamento religioso y señalan la existencia de dos únicos caminos posibles: el de la felicidad, si acatan las normas, y la infelicidad, si adoptan actitudes de rebeldía” (Rocha, 1996).

Sin embargo, en la década de los años cincuenta y sesenta las transformaciones sociales y económicas en México vuelven a moldear a la pareja heterosexual. Durante estos años, miles de personas se mudaron a la Ciudad de México a aprovechar “El milagro mexicano” (1954–1970), periodo en el que el país tuvo gran crecimiento económico y estabilidad social. En las grandes urbes las

mujeres se incorporaron a la fuerza trabajadora como secretarias, enfermeras, burócratas, empleadas o vendedoras. El uso de los electrodomésticos facilitó el cumplimiento de las tareas del hogar, que estaban a cargo de las mujeres. Y el 17 de octubre de 1953, se le otorgó el derecho a votar a la mujer en México. A partir de esta década, Esteinou (2008) identifica el surgimiento del “matrimonio compañerismo” que, en contraparte a relaciones más antiguas, no solo se basa en el cumplimiento de los roles y un conocimiento intuitivo de la otra persona, sino también en la empatía y la conexión emocional. La vulnerabilidad y la confianza plena se consideran necesarias para mantener las relaciones, factores emocionales que antes no estaban del todo permitidos.

El consumismo que empezaba a desarrollarse en los cuarenta se consolida como forma de vida en los sesenta (Rocha, 1996). La publicidad de artículos de belleza y maquillaje promete que ningún hombre te va a dejar si usas tal pintalabios o tal sombra. Las jóvenes al adquirir más independencia económica empiezan a reclamar la libertad que tanto se le negó a la hora de relacionarse. Tanto el programa de radio “Doctora Corazón” como los boletines de la Iglesia advierten sobre las mujeres “modernas” que ríen escandalosamente en bares y coquetean. Específicamente la Iglesia emprende campañas en las que argumenta que estas actitudes son exportadas del extranjero y prohíbe ciertos espectáculos, los cines porno y las modas indecentes (Rocha, 1996).

Mary Evans (2002), cuenta que en esta década hay un excedente económico en Estados Unidos y en sociedades occidentales. Lo cual implica las familias tienen la posibilidad económica para mandar a sus hijos a la universidad en vez de que estos trabajen. Por ejemplo, en la Universidad Nacional de México (UNAM) en 1940 sólo había 23 mil estudiantes, pero al empezar la década de los setenta la población universitaria era de 100 mil estudiantes. María Eva Rocha escribe que “En ciertos sectores sociales, particularmente de grupos universitarios de clase media, los jóvenes querían cambiar el mundo y vivir de una manera inédita, a diferencia de sus padres y abuelos; el mundo terrenal con todos sus problemas es el que les interesa transformar”.

La revolución social en esta década está fuertemente ligada a que la cultura pasó de ser monopolizada por hombres de mediana edad letrados, a los jóvenes (Evans, 2002). El rocanrol, las faldas cortas, el pelo largo en hombres, el consumo de drogas. En una época de profundos cambios sociales, culturales y económicos

en México. El amor a la vez se transformó, empezando por la supuesta “liberación sexual” en gran parte consolidada por la píldora anticonceptiva, que salió al mercado en Estados Unidos en gracias a las valiosas aportaciones del científico mexicano Luis Miramontes (Gaceta UNAM, 2019).

Paralelamente tiene lugar la Guerra Fría. Estalla la guerra de Vietnam (1955 y 1975), en la que el norte de este país intentó consolidar el gobierno comunista con el apoyo de Rusia y China, ante la resistencia de Estados Unidos aliado con Vietnam del Sur. A la vez, la primavera de Praga, cuando los soviéticos y sus tanques invadieron la República Checa en 1968. Cuba, Panamá, República Dominicana y Guatemala sufrieron de intervenciones estadounidenses en diferentes escalas y, para 1970, las dictaduras de Chile (1973) y Argentina (1976) marcaron el fin de una era de transformación social. En México, el movimiento estudiantil del 68 culminó en la matanza de Tlatelolco, en la que decenas de estudiantes fueron asesinados por el Ejército en una manifestación en la Plaza de las Tres Culturas.

En esta década el noviazgo deja de entenderse como un paso antes del matrimonio. Los jóvenes tienen varias parejas a lo largo de los años, las muestras de afecto se vuelven públicas y la sexualidad se vive más libremente. En ese sentido, se empieza a desarrollar una juventud prolongada (Tanner y Arnet, 2009), que es propiciada por tres factores. En primer lugar, que la industrialización requiere a personas mejor preparadas académicamente, por lo que los años de estudio aumentan, en segundo lugar, las mujeres se incorporan a la universidad y el trabajo, por lo que la maternidad se posterga a años ulteriores y en tercer lugar la tolerancia a la vida sexual de las parejas pospone los matrimonios y el uso de anticonceptivos también retrasa la llegada de los hijos. Es entonces cuando el sociólogo inglés Anthony Giddens identifica los comienzos de la democratización de las relaciones puras, son interpersonales, exentas de los vínculos familiares que anteriormente las promovían. Y en ellas, tanto para el hombre como para la mujer, se busca igualdad sexual y emocional.

Anthony Giddens escribió *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas* en 1995. Planteó lo que se denomina “relación pura”, un término que ha causado controversias y debate. La llamada relación pura está construida por dos individuos que se escogen libremente. Esto es importante porque, al referirse a individuos, Giddens alude a un proceso social de gran magnitud. La “individualización” en lo que él llama la segunda modernidad

sucede cuando una persona ya no está sujeta a las tradiciones, al rango social, el género o el gremio (Giddens, 2006). Es decir, ya no hay opciones concretas para cada persona debido al contexto en el que nació, porque los procesos personales ya no están institucionalizados. A esta falta de ataduras, a la iglesia, el país o incluso la familia, la sociología le llamó anomia. Mientras que la abuela de una persona de 22 años, de clase media alta, sabía que su camino de vida era casarse y formar una familia, la nieta —de clase media alta también— está abrumada por las opciones, tiene la concepción de que puede escoger lo que sea, a cualquier pareja, cualquier profesión, cualquier país, si es que se esfuerza y sus oportunidades se lo permiten.

Este proceso de individualización está marcado por dos características principales. En primer lugar, ese sentido de “responsabilidad”, que tienen las personas ante las decisiones, aparentemente infinitas que pueden hacer sobre su vida. En cosas tan sencillas como escoger una vajilla para el hogar, una búsqueda rápida en Mercado Libre arrojó más de 2,400 opciones de vajilla. En el AMG hay más de 24 mil restaurantes, según el Directorio Estadístico Nacional de Unidades Económicas (DENUE). Incluso para escoger a dónde ir a comer un domingo hay una cantidad abrumadora de opciones. Esto no solamente otorga cierta libertad, sino que también paraliza y provoca ansiedad, ya que los individuos creen que el éxito o la falta de este, en sus vidas depende de su propia disposición. “Son los creadores de su destino a falta de los cánones tradicionales que antes indicaban lo que se debía hacer” (Tovar, 2016).

La segunda característica principal del proceso es el sentido biográfico en el que dotan la existencia. Giddens (2006) argumenta que las personas reflexionan sobre su historia personal. Se esfuerzan por tener gustos, desarrollar opiniones. También son más conscientes sobre su propia corporalidad. Construyen su identidad y buscan la autorrealización, ya que esto después servirá para formar intimidad, que es el valor más importante en una “relación pura”.

Sarah Matthews–Grieco (2005) habla de este proceso de individualización en dinámicas familiares en los años setenta. Por ejemplo, el hecho de que los hijos tengan un cuidado y atención particularizados, así como también espacio físico y por lo tanto social, con la implementación de camas y cuartos individuales dentro de la casa. A la vez, la figura de la familia se debilita, cada vez son más aceptadas las familias monoparentales o los individuos que viven solos (Castells, 2000). Esto se relaciona directamente con la implementación de un estado de bienestar que cubre

la educación y la salud de los hijos y desarrolla programas de protección social. Aunque los académicos Guillermo Núñez Noriega y Edgar Iván Zazueta Luzanilla (2012) argumentaron que este fenómeno es común en sociedades más desarrolladas, pero que en México coincide que las parejas unidas más jóvenes son más pobres y que las familias son más numerosas.

Esteinou (2008) también identifica un acercamiento en las parejas a partir de la década de los setenta, mientras que las mujeres se incorporan a la fuerza de trabajo, los hombres empiezan a involucrarse más en la crianza de los hijos. Sin embargo, Lagarde (1997) explica que, en muchos casos, aunque las mujeres hayan optimizado su papel en la sociedad, los hombres no necesariamente lo han hecho, por lo que hay una sobrecarga de trabajo para las mujeres. Esto conduce a insatisfacción matrimonial y posibilidad de conflicto.

Entonces, las relaciones puras son formadas por individuos, que se escogen sin presiones económicas familiares o sociales, se mantienen juntos mientras la relación sea satisfactoria emocionalmente. Este tipo de amor “confluyente”, como lo llama Giddens (2006), excluye nociones antiguas como “solo y único” o “para siempre”. Me recuerda a esa frase que Octavio Paz escribió en su libro *La llama doble* (1993): “El amor es una apuesta insensata, por la libertad, no mía, la ajena”.

El concepto, como dije anteriormente, ha sido ampliamente criticado, específicamente porque la posibilidad de una relación pura implica cierto estatus económico y cultural que gran parte de la población a escala mundial no puede acceder. Guillermo Núñez Noriega y Edgar Iván Zazueta Luzanilla (2012) argumentan que las teorías de Giddens y otros filósofos occidentales no pueden ser aplicadas a México, ya que al ser un país subdesarrollado no hay una conciencia sobre el amor, y las prácticas siguen siendo en gran parte tradicionales. Sin embargo, casi siempre son las “relaciones puras” de las que hablan las canciones de amor, y vemos en las películas. Y me atrevo a decir que son la aspiración de muchos de los jóvenes que dicen querer casarse.

En la década de los sesenta y los setenta empieza a fusionarse el *amor pasión* con el amor romántico (Giddens, 2006). Mientras que el amor romántico en esencia se desarrolla antes del matrimonio, y está construido bajo expectativas y reglas sociales ligadas a los roles de género, el *amor pasión* implica una relación genérica entre el amor y la atracción sexual. Es así como la sexualidad fue integrada al matrimonio.

La académica Lynn Jamieson (2002) concuerda con Giddens en varios sentidos. Habla sobre que la intimidad como otro factor que se desarrolla en el nuevo modelo de pareja. Mientras que en relaciones anteriores el compañerismo y la intuición eran entendidas como la intimidad, en estas nuevas dinámicas la intimidad depende de cuanto estés dispuesto a conocer los problemas o preocupaciones del otro, y no solo subsiste de la comprensión y la empatía, sino también de la profundidad con la que te conozcas a ti mismo (Jamieson, 2002).

Al igual que el amor, las visiones sobre la sexualidad también se transforman. Giddens (1995) habla de la sexualidad plástica, que se basa en tres condiciones: en primer lugar, que el fin último de la sexualidad deja de ser tener hijos, en segundo lugar, que las mujeres tienen derecho al placer, y que el placer en sí mismo es razón suficiente para tener sexo, y en tercer lugar el aumento de uso de anticonceptivos y el control de la natalidad.

Sin embargo, cuando parece que el amor confluyente y la relación pura, están marcando una forma más ética y equitativa de relacionarse, el sociólogo italiano Francesco Alberoni (1992) advierte, que la mujer es más libre y creativa que nunca, y se está volviendo exigente. Este sociólogo argumenta que una vez completada la emancipación social y económica de la mujer, esta tiene la capacidad de entregarse a muchos objetos al mismo tiempo, al trabajo, al hombre ideal, los hijos, las amistades y la realización personal (Alberoni, 1992). Por eso mismo, no tienen reparos en concluir una relación que haya resultado decepcionante y empezar otra para lograr lo que desean. En ese sentido, Alberoni prevé un futuro desventajoso para los hombres, y afirma que las nuevas formas de relacionarse dependerán de la creatividad de las mujeres. Los roles y las expectativas de género empiezan a difundirse en la Segunda Modernidad, lo que construye papeles para la mujer menos centrados en la maternidad y más enfocados en la realización personal y profesional (Roussel, 1987).

“En la época en la que yo me crié, el mundo entero creía en el amor”, escribió Vivian Gornick en *El fin de la novela de amor* (2023). Es la primera línea del ensayo, en el que argumenta que en cuestión de una generación —la de los sesenta— todo cambió. El divorcio, la libertad sexual, las drogas eran repentinamente aceptados. Escribe Gornick (2023) que los que se habían casado recibieron el indulto, y ahora tenían la posibilidad de hacerlo de nuevo, mejor, bien.

Amamos una vez y amamos mal. Volvimos a amar y volvimos a amar mal. Lo hicimos una tercera vez y ya no estábamos viviendo en un mundo carente de experiencias. Comprendimos que el amor no nos hacía ni tiernos, ni sabios ni compasivos. Bajo su influencia, no cejamos ni en nuestros miedos ni en nuestros enfados. En nuestro fuero interno no habíamos cambiado. Lo sucedido era para quedarse estupefactos: no era, en absoluto, lo que se esperaba. Esta revelación saturó el ambiente y nos alteró permanentemente como cultura (Gornick, 2023).

Los escritores estadounidenses son expertos en relatar este desconcierto, que sucede cuando el matrimonio o la pareja no provee el sentido de vida que tan desesperadamente buscamos. Empezando por John Cheever, Raymond Carver, Lorrie Moore y Joan Didion. Gornick (2023) escribe: “Existe una clase de cuento estadounidense que se caracteriza por tener una superficie lacónica y una voz narradora hermética. Ha sido la vida moderna la que ha vuelto al narrador incapaz de expresarse.” Y continúa diciendo que, a pesar de la hostilidad y la soledad de la vida moderna, en el fondo los personajes anhelan ese amor romántico, que es una promesa no cumplida.

En la década de los ochenta Margaret Thatcher fue primera ministro de Inglaterra (1979–1990), Ronald Reagan era presidente de Estados Unidos (1981–1989). Ambos fueron conocidos por instrumentar políticas neoliberales, en las que el Estado reducía al mínimo la intervención en la economía (Alonso, 2009). Eva Illouz (2020) afirma que, aunque Reagan y Thatcher eran conservadores en lo social y promotores de la familia tradicional, desencadenaron una revolución sexual nunca antes vista, ya que es imposible pedirle al individuo que sea libre en el ámbito político o económico y no en el personal: “La libertad individual no puede frenar en el mercado; si tenemos libertad absoluta para comprar y vender, ¿por qué no habríamos de hacer lo mismo con la elección de nuestras parejas sexuales, nuestro estilo de vida sexual, nuestra identidad o nuestras fantasías?” (Illouz, 2020).

México se incorporó al sistema neoliberal en 1985 con la presidencia de Miguel de la Madrid después de dos fuertes crisis económicas. La primera, al finalizar el mandato de Luis Echeverría (1970–1976), cuando la inflación llegó a límites nunca vistos, el peso mexicano se devaluó y la deuda externa obligó al gobierno mexicano a firmar un convenio con el Fondo Monetario Internacional para saldar la deuda al liberalizar el comercio exterior, detener el aumento del salario

entre otras medidas (Expansión, 2023). La crisis fue consecuencia del incremento en el gasto público en políticas sociales que hubo en el mandato de Echeverría. En 1982, se volvió a devaluar la moneda y endeudar el país después de años estabilidad, cuando cayeron los precios y la demanda del petróleo, que se había convertido en la mayor exportación de México (Expansión, 2023). Estas crisis terminaron por obligar al gobierno a privatizar algunas de las empresas públicas como la de Telecomunicaciones (Telmex), abandonar las políticas proteccionistas que se habían instaurado desde la revolución y adoptar políticas neoliberales (Alonso, 2009). La apuesta era conseguir más competencia, un sector privado más fuerte y delegar algunas de las obligaciones públicas. Sin embargo, según Núñez y Zazueta (2012), la gran contradicción del sistema capitalista surge de que se prometía mejores condiciones económicas para todos, pero en los países subdesarrollados como México, mayor industrialización no implicó acabar con la desigualdad económica, más bien la agudizó.

De este sistema, en el que se cree que “the sky is the limit”, surge un nuevo “individuo hiperestésico, híper–estimulado en sus sentidos, ávido de probar y consumir, para quien la individualidad, el placer y la felicidad son valores centrales” (Núñez y Zazueta, 2016). O también como lo llamó Richard Florida (2002), la clase creativa. También se habla de una juventud ampliada (Castillo, 2003), en la que el narcisismo, el exceso, el espontaneísmo y otros “valores adolescentes” son actitudes recurrentes hasta la adultez temprana. Y este individuo, como lo dijo Gornick (2023), se topa de frente con que el amor no le salva de nada, no le distrae demasiado y sobre todo, no es suficiente.

1.4. Contexto

Al hablar de amor es muy difícil cuantificarlo y mostrarlo en bases de datos. En especial en estos tiempos en los que hay una “multiplicidad creciente de situaciones” (Beck y Beck–Gernsheim, 2001), es decir, hay más modelos de relación: matrimonio, unión libre, unión libre legalizada, relaciones de sexo sin compromiso etc. Sin embargo, para mostrar el panorama me basaré en las bases de datos que hablen específicamente sobre matrimonio.

El matrimonio civil en México fue un proyecto impulsado en el marco de las Leyes de Reforma. La Ley Orgánica del Matrimonio Civil fue promulgada en 1857,

aunque la formación del Registro Civil se consolidó hasta 1890. Es entonces cuando los registros de matrimonios, nacimientos y defunciones pasaron de manos de la Iglesia al Estado. Aunque el matrimonio civil pasó a ser el único con validez legal, los matrimonios eclesiásticos continuaron y aún continúan. La ley de divorcio fue promulgada en 1917 debido a que, ante la imposibilidad de separación legal, se normalizó el concubinato.

A pesar del funcionamiento del Registro Civil en 1890, Julieta Quilodrán (2019) hace énfasis en que los registros de matrimonio, así como de otra índole no son exactos durante la revolución mexicana. También especifica que muchas parejas decidieron esperar a que finalizara el conflicto armado para casarse, lo cual se muestra en la baja de matrimonios que hubo durante este período.

Para entender el aumento exponencial de matrimonios durante el siglo pasado es necesario tomar algunos factores en cuenta. En primer lugar, se redujo considerablemente la tasa de mortandad infantil, lo cual significó el crecimiento de población como nunca se había visto. A la vez, se instauró el Estado de bienestar por lo que un gran segmento de la población accedió a la educación pública y a los servicios de salud (Quilodrán, 2019). En la segunda mitad del siglo XX, las relaciones de familia en México sufrieron otra transformación cuando se socializó el uso de anticonceptivos y la mujer se unió a la fuerza trabajadora.

Durante el periodo postrevolucionario de 1920 a 1940, se celebraron cada vez más matrimonios. En 1920, 3.7 personas se casaron por cada 1,000 habitantes y en 1940, aumentó a 7 de cada 1,000 personas. Esta cifra siguió al alza hasta el 2000 a excepción de dos sucesos que ubica Quilodrán. El primero en 1940, cuando hubo un incremento de 8 por cada 1,000, debido al reclutamiento de jóvenes para las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra mundial. El segundo momento fue en los años 1971–1974 cuando el gobierno emprendió una campaña para regularizar la situación de muchas parejas en uniones libres ante el Registro Civil.

Sin embargo, en el 2000 empieza a haber un decrecimiento en los matrimonios. Para el 2016, 4.4 personas por 1,000 habitantes se casó. Es decir, la misma cantidad porcentual que en 1925. De todos estos datos podemos concluir que, por 60 años, la cantidad de personas que se casaron permaneció estable, pero al comenzar el siglo XXI, el número empezó a bajar. En el 2000 cerca de 700 mil personas se casaron, en el 2022, 507 mil personas (INEGI). El mes en el que más se casaron fue diciembre (10.9).

En cuanto a los divorcios, coincide que se volvieron más comunes durante los últimos años del siglo pasado y el principio de este siglo. De 1930, cuando empezó a 1975 hubo un aumento mínimo en los divorcios. De .02 personas por mil a .03 personas. Es entonces cuando empieza a incrementar lentamente hasta finales del siglo. En el 2000, 1 por cada 1,000 personas se divorciaron, y para 2016, dos por cada 1,000. Quilodrán concluye que menos personas se casan y muchas más se divorcian, aunque México sigue siendo un país con pocos divorcios en comparación a otros.

Quilodrán en su artículo “La nupcialidad femenina en México basada en las encuestas de fecundidad” (2001), analizó los datos de la primera encuesta que incluía cifras más específicas sobre la nupcialidad en México, EFM en 1976. El análisis que hace sobre las cifras abarca de 1920 a 1982 cuando se realiza la encuesta END y se enfoca en temas como la edad en la que se casaron las mujeres a través de las décadas y la estabilidad de los matrimonios.

Una característica crucial en la nupcialidad en México es la corta edad en la que los hombres y las mujeres, pero principalmente las mujeres, contraen matrimonio. En el análisis se explica que desde el final de la revolución hasta 1975, no hubo una baja considerable en las mujeres que se casaron antes de los 20 años. Esta situación predominó en América Latina, a excepción de países como Chile o Argentina, en los que la edad antes de la primera unión fue aumentando. Es decir, las mujeres mexicanas hasta la generación del baby boom se casaron siendo muy jóvenes.

Estos datos también implican que, por al menos 55 años, la edad en la que la mujer mexicana se casó no difirió. Tampoco se muestran cambios importantes en las dinámicas, hasta 1976, ya que en la encuesta EFM se indica que el 80% de las mujeres unidas al menos una vez, no tuvieron a través de su vida reproductiva más que una pareja (Quilodrán, 2001). Así se recuperaron datos sobre la duración de las uniones y dieron cuenta de que los matrimonios tanto de la generación nacida en 1920 como la de 1950 se encontraban todavía unidos y estables.

También los análisis dieron cuenta de que en el entorno rural las mujeres se casan al menos un año más joven que en las áreas urbanas (Quilodrán, 2001). A la vez, que las uniones libres son más comunes en las comunidades rurales, que en las ciudades y que la interrupción de las uniones resulta más frecuente en el medio urbano y metropolitano (12.4 y 12.3%, respectivamente) que en el medio rural

(7.5%). Lo cual arroja un poco de luz sobre las desigualdades de vivir en el campo y las ventajas del capital cultural, social y económico en las ciudades (Quilodrán, 2001). Cabe recalcar que en el 2021 el INEGI reportó que la edad promedio de la mujer al casarse es de 31 años y la del hombre de 33 años. En cuestión de 46 años, la edad en la que la mujer mexicana se casa aumentó 10 años.

Es decisivo mencionar un cambio en el paradigma de escalas mayores: la legalización de matrimonio del mismo sexo en el 2010 en la Ciudad de México. En el 2015 la Suprema Corte de Justicia declaró inconstitucionales los códigos civiles que impidieran las uniones de parejas homosexuales. En el 2022, 8 de los 32 estados de la Republica —entre ellos Jalisco— reformaron sus códigos civiles en favor del matrimonio igualitario. En el 2021, 4341 personas del mismo sexo contrajeron matrimonio y 441 se divorciaron.

Los cambios económicos y estructurales como la incorporación de la mujer en la fuerza trabajadora y su independencia económica de están impulsando la transformación social. En los últimos años las protestas feministas en todo el país y en Latinoamérica han logrado cuestionamientos hacia el sistema patriarcal, las tradiciones, e incluso el amor romántico. Cabe recalcar que, a pesar de ello, el país sigue sumido en cifras terroríficas. En 2022 se registraron 947 feminicidios y en lo que va del año actual ya hay más de 900 feminicidios. Esto sin contar la violencia económica, física o sexual con la que viven las mujeres.

La ENDIREH 2016 mostró que del total de mujeres de 15 años y más, 43.9% ha tenido incidentes de violencia de pareja a lo largo de la relación. Entre las adolescentes y jóvenes (15 a 24 años), el porcentaje es de 40.3%. Es imposible hablar de amor en México sin contextualizar sobre la situación de violencia a la que están sujetas la mayoría de las mujeres. Además, de otras violencias sistemáticas como la venta de niñas bajo el artículo de usos y costumbres indígenas. La organización civil Red por los Derechos de Infancia (REDIM), constató que, desde enero de 2015 hasta julio del 2021, al menos 1463 niños fueron vendidos (Ramírez, 2021). Especialmente en estados como Guerrero y Tabasco (Ramírez, 2021).

A pesar de que más del 50% de los divorcios en el país son por mutuo acuerdo según el INEGI (2021), entre las causas más comunes están el abandono del hogar, la violencia intrafamiliar, el adulterio o la infidelidad. En 2022 se realizaron 166 mil divorcios. En 1985, de cada 100 matrimonios 6 se divorciaron. En 2022 este número subió a 32.9. Un incremento que sólo se vio interrumpido en el 2020 por la

pandemia. Los matrimonios disminuyeron 20% mientras que los divorcios aumentaron 65% en la última década (Carrera, 2023).

Los estados de la república en los que más se divorcian son Campeche (4.75 de cada mil habitantes), Sinaloa (3.71) y Nuevo León (3.58). Las tasas más bajas las presentaron Veracruz (0.76), Oaxaca (0.92) y Puebla (1.17), según datos del INEGI (2022).

El nivel de personas que contraen matrimonio en Jalisco es bajo. Tan sólo 6.2 personas por mil habitantes. Mientras que en Sonora o Quintana Roo son de 6.5 y 9.5 por cada 1000 habitantes las parejas que se casan (INEGI, 2022).

2. Desarrollo

El amor pasó de moda

Por eso los jóvenes, que son principiantes en todo, todavía no conocen el amor: tienen que aprenderlo. Con todas sus fuerzas, con todo su ser reunido en torno a un corazón solitario, inquieto, latiendo hacia arriba, tienen que aprender a amar. El tiempo del aprendizaje es siempre largo y hermético. De este modo, amar será durante mucho tiempo y a lo largo de la vida, soledad, recogimiento prolongado y profundo para aquel que ama (Rilke, *Cartas a un joven poeta* 1996).

El amor pasó de moda. O no. Habría que preguntárselo seriamente. Los jóvenes que nacieron en el siglo XXI ¿quieren casarse y tener hijos? O aún mejor ¿Están dispuestos a morir por amor? ¿Existen tales aspiraciones?

Al otro lado del mundo hay una guerra librándose. La ONU predice consecuencias irreparables en el planeta por el cambio climático para el 2050. Los medios de comunicación y las redes sociales nos tienen absortos en una era de información masiva. En el caso de México, la crisis de seguridad azota el país con renovada violencia cada año. Estamos advertidos —nadie puede decir lo contrario de que es un mundo áspero el que nos espera. Crecimos asumiéndolo. Así ¿hay tiempo para enamorarse? ¿Hay ganas?

Tal vez sí. Pero ¿sabemos cómo amar? El amor no solamente es un sentimiento, es una acción, una práctica que se desarrolla. En su ensayo *El arte de amar* (2002) Fromm escribió “Para la mayoría de la gente, el problema del amor

consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar”. Fromm argumenta que todos pueden enamorarse, todos quieren ser amados, pero no todos saben amar.

El amor requiere un esfuerzo y un compromiso, que puede que estemos renuentes a dar. Bauman, en *Amor líquido* (2007), habla sobre las transformaciones que atraviesan los valores tradicionales en una era de consumismo, capitalismo, y entretenimiento masivo. El mundo se mueve rápido, el futuro es impredecible, líquido. Casarse, tener un trabajo fijo, comprar una casa, son ideales de vida que envejecieron mal. La importancia que alguna vez se les dio se ha difuminado. Al contrario, cambiamos de novios, de trabajo, de país, según más nos convenga. Se compra, se tira, se vuelve a comprar. “La moderna razón líquida ve opresión en los compromisos duraderos; los vínculos durables despiertan su sospecha de una dependencia paralizante” (Bauman, 2007, p. 70).

A escala global, la persona promedio pasa 6 horas y 37 minutos conectado a internet, de acuerdo con el *Digital 2023: Global Overview Report*, y toca la pantalla del teléfono 2,617 veces al día. El 78% de los mexicanos vive en zonas urbanas, según el informe del INEGI, de 2020. Poco a poco y después más rápido, se han incorporado grandes segmentos de la población al ritmo acelerado de la ciudad.

Las relaciones duran cada vez menos. En México, en los últimos 20 años, la cantidad de matrimonios ha decrecido, mientras que los divorcios han aumentado. A partir de 1940 los matrimonios civiles aumentaron año tras año junto con la densidad demográfica (Quilodrán, 2019). Sin embargo, una vez que la tasa de matrimonios alcanzó el punto más alto en el 2000, empezó a disminuir drásticamente, para 2016 el decremento fue de 37%.

El matrimonio, una institución tan hondamente implantada a lo largo de los siglos, entró en crisis. Hay muchas hipótesis sobre el porqué. Michel Foucault argumenta en *Historia de la sexualidad* (2002) que la monogamia heterosexual sirvió al capitalismo por mucho tiempo porque el fin último de la alianza es la reproducción, la transmisión de bienes y nombre, a diferencia de otras disidencias como los homosexuales, los pervertidos y las histéricas, que no tienen descendencia, por lo tanto, no aportan a la fuerza trabajadora, ni continúan el legado de los progenitores.

Sin embargo, los tiempos cambian y tener un hijo más que construir un puente a la inmortalidad es, en todo caso, “un objeto de consumo emocional”

(Bauman, 2007). Además, la unión libre, las disidencias sexuales y los solteros son cada vez más aceptados, especialmente en las ciudades.

El sistema económico ya no se beneficia únicamente del modelo de familia normativa, sino también de la “clase creativa”. Este concepto fue acuñado por el economista y científico social Richard Florida en el 2002. Se refiere a un grupo de jóvenes profesionistas con título universitario —desde abogados a músicos— que se mudan a ciudades grandes. Este segmento de la población se caracteriza por rentar departamentos, consumir experiencias y productos, tales como un café antes del trabajo, una cerveza después. Su objetivo dista mucho de ahorrar y eventualmente comprar una casa, más bien se concentran en “disfrutar” del presente, yendo a viajes, restaurantes, espectáculos. Gastan mucho dinero y eso favorece al sistema económico. A este sector de la población también se les llama DINKS (Double income no kids, Doble ingreso, sin hijos) (Espada, 2023).

El individualismo a la vez sirve a este mismo sistema económico. Mary Evans (2003) reportó en su ensayo *Love, an unromantic discussion* que los divorcios en Estados Unidos —primer lugar en ranking de divorcios a escala mundial — supusieron un incremento positivo en la economía. 630 mil parejas se separaron en 2020 y como consecuencia se montaron prácticamente el doble de hogares existentes. Lo cual fue bueno para el mercado.

A escala mundial, la “familia” como valor también sufre una ruptura, que comenzó con las olas migratorias durante el siglo pasado y que es más evidente en las sociedades occidentales (Evans, 2003). Las parejas no necesariamente se casan, ni tienen hijos, ni tampoco se hacen cargo de los adultos mayores. No sólo hay decrecimiento de población en países claves de estas sociedades occidentales, como España o Reino Unido, donde la población envejece, sino que también las parejas muestran reservas a mudarse juntos.

A estas relaciones, en las que menos compromiso se traduce como más libertad las llamó “relaciones de bolsillo” la columnista de *The Guardian* Catherine Jarvie (2003), porque al igual que un libro de bolsillo, las puedes sacar cuando las necesitas y meter cuando no, sin consecuencias ni responsabilidades. Filósofos como Zigmunt Bauman o Erich Fromm apuntan un problema mayor en estas nuevas relaciones: si no hay esfuerzo y compromiso de por medio, el amor se vuelve un

producto más en la era de consumo. Todo es desechable y nada se construye. Y como consecuencia, nos quedamos solos.

Milan Kundera escribió exhaustivamente en su novela *La insostenible levedad del ser* (1998) sobre este dilema de esfuerzo o placer, libertad o compromiso, soledad o compañía.

La carga más pesada nos destroza, somos derribados por ella, nos aplasta contra la tierra. Pero en la poesía amorosa de todas las épocas la mujer desea cargar con el peso del cuerpo del hombre. La carga más pesada es, por lo tanto, a la vez, la imagen de la más intensa plenitud de la vida. Cuanto más pesada sea la carga, más a ras de tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será (Kundera, 1998).

El amor no es lo único que pasó de moda. También el esfuerzo. Sería contradictorio pensar que generaciones que no saben de esfuerzo, saben de amor. Sin embargo, lo que no pasa de moda, y no creo que pase nunca, es la cultura del amor, que Mary Evans (2003) describe como una industria conformada por el conjunto de fábricas de tarjetas de San Valentín, cenas y viajes románticos, aplicaciones de citas e incluso todas las terapias para arreglar situaciones amorosas.

Las redes sociales y el hiper conectividad también están produciendo una nueva gama de problemas en las relaciones. Las académicas Tania Rodríguez Salazar y Zeyda Rodríguez Morales (2015), en su artículo “El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto”, argumentan que la continua exposición y conectividad está creando un ambiente de vigilar y castigar. Los jóvenes a los que entrevistaron dijeron que sus novios o novias se enojaban si no contestaban los mensajes seguidos, que están acostumbrados a “stalkear” a sus exparejas o novios y que es común revisar los teléfonos. También se acostumbra a subir fotos con la pareja con frases como “te amo” o “mi novio”, lo cual sirve para marcar territorio, según Salazar y Rodríguez (2015). Todo esto, más que acercar a la gente entre sí, está logrando un ambiente de control y paranoia. “Ahora no sólo se clama por la presencia real del ser amado sino también por la presencia virtual, lo cual es tanto una fuente de cercanía en la pareja, como de conflicto real o imaginario ante la falta de respuesta” (Salazar y Rodríguez, 2015).

Aunque, dentro de la sociología, hay perspectivas más optimistas, como la que mencionamos anteriormente de Anthony Giddens y “la relación pura” o el “amor confluyente”. Mientras que Giddens (1995) afirma que el amor nunca había sido tan puro y libre, Bauman (2007) asegura que las nuevas generaciones ya no saben amar. Ambos se refieren al proceso de individualización, consecuencia de los grandes cambios económicos y sociales, las guerras y las movilizaciones. Pero que el individuo se desate de las convenciones de raza, género o tradición, es visto con una connotación buena por Giddens, lo reconoce como un proceso hacia la autenticidad y la diferenciación del otro, mientras que Bauman (2007), lo señala como una especie de aislamiento, que vuelve a los humanos poco pacientes y ensimismados.

La investigadora Natalia Tenorio Tovar (2016) entrevistó a nueve parejas en la Ciudad de México de diferentes contextos sociales para su investigación “Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad”. Tres parejas eran jóvenes, tres de edad media y tres adultos mayores. De la información recabada concluyó que hay dos tipos de parejas, la pareja “nueva” y la pareja “tradicional”.

Al describir la pareja nueva, se basa en el concepto de Giddens (1995). Explica que ambos son exitosos profesionalmente, tienen capital cultural y económico, pueden prescindir de los hijos y entre sus prioridades está la realización sexual y el placer en la relación. Este tipo de relación supone que ambos géneros están en posición de igualdad y se mantienen juntos mientras la relación sea satisfactoria emocionalmente para ambos. Las parejas nuevas insisten en tener espacio y tiempo para crecer individualmente. La académica explica que estas relaciones implican la elección del otro con base en sus cualidades personales, y no tanto según pautas familiares, tradicionales o económicas.

Mientras que, en la relación tradicional, la pareja es formada con el apoyo de amigos y familiares. Los hijos son el centro de la relación. Se espera que cada género cumpla con un rol específico y no importa si en algún punto el matrimonio no es satisfactorio, deben de seguir juntos. El sexo también es considerado un accesorio. Tenorio Tovar (2016) habla de que este tipo de relaciones son “concebidas bajo un orden estricto e inmutable, basado en una lógica binaria y jerárquica que mantiene enormes desigualdades entre hombres y mujeres”.

Las tres parejas de mayor edad fueron catalogadas como “parejas tradicionales”, sin embargo, también las dos parejas jóvenes que no tenían capital económico y cultural. De las nueve parejas que entrevistó, solo dos tenían las características de “parejas nuevas”, y ambas tenían capital cultural y económico, por lo que Tenorio Tovar concluyó que para ser parte de las “parejas nuevas” o tener una “relación pura” la pareja debe de tener el suficiente capital para contratar a una empleada doméstica, a una niñera si tienen hijos. En caso de tenerlos, pagar talleres para mantenerlos entretenidos mientras ellos trabajan o tienen tiempo para “desarrollarse personalmente”. Por ello las relaciones “puras” en México son una aspiración casi inalcanzable. Gozar de ese capital económico y cultural es un privilegio al que la gran mayoría de la población no puede acceder (Tovar, 2019). El resto de las parejas se encontraban en transición de un modelo al otro. La académica también explicó las violencias pequeñas o grandes que las mujeres sufren por ser parte de una “pareja tradicional”, tales como la adjudicación de todas las tareas domésticas o incluso soportar infidelidades por miedo a perder la seguridad económica.

Las mujeres que pueden cosechar los frutos de la “relación pura” y la “sexualidad plástica” son aquellas mujeres privilegiadas que viven en los centros urbanos modernos, como es el caso de ciertos sectores de la ciudad de México. Para la gran mayoría de las mujeres sigue siendo muy difícil lograr una pareja democrática (Tovar, 2012).

Esta es la conclusión más impactante de la investigación que llevó a cabo Tovar. Los roles de género siguen siendo aplicados a los hombres y a las mujeres y privilegian la figura masculina frente a la femenina. En ese sentido, México es un país en transición, de un mundo sólido a un mundo líquido, de la pareja tradicional a la pareja nueva (Tovar, 2016).

Fuera de las actividades domésticas o económicas, los roles de género también se adscriben a características emocionales, por ejemplo, la idea del hombre como “insensible y mujeriego” y de la mujer como “tierna y paciente”. En la investigación *Desenredando la semántica del amor* de Rolando Díaz–Loving, Leticia Canales y Montserrat Gamboa (1988) hacen un recuento sobre las palabras más utilizadas al hablar de amor. Para ello, entrevistaron a 300 personas en la ciudad de

México de rangos de edad distinto y con la secundaria como nivel mínimo de escolaridad.

Las edades de los entrevistados se dividieron en de 17 a 20 años, 20 a 30 años y 30 a 50 años y para mayor especificidad les preguntaron qué pensaban sobre tres tipos de amor: romántico, pasional y conyugal. De sus respuestas se identificaron las palabras más utilizadas por cada grupo sobre cada tipo de amor.

Por ejemplo, los hombres de 17 a 20 años se refirieron al amor conyugal con las palabras: pasión, esclavitud y compromiso—obliga. Mientras que las mujeres de esa misma edad y sobre este tema repitieron más las palabras: amor, apoyo—ayuda y comprensión. En general los tres grupos de hombres mencionaron la palabra “sexo” reiteradamente. Mientras que las mujeres mencionaron “caricias” o “ternura” en casi todas las entrevistas. Este ejercicio semántico nos habla sobre la forma en la que hombres y mujeres entienden el amor. El discurso de los hombres está más relacionado a palabras como “utopía, esclavitud, sexo, pasión, efímero” y el de las mujeres a “apoyo—ayuda, pasión, comprensión y amor”.

No solamente cambia la perspectiva entre hombres y mujeres de la misma edad, sino también entre los propios géneros, pero con diferente rango de edad. Por ejemplo, mientras que las mujeres de 17 a 20 años hablan del amor pasional con las palabras “Sexo, deseo, y amor”, las mujeres de 30 a 50 años lo relacionan con “Deseo, erótico e irracional”. A la vez, entre más grandes son los hombres, más se refieren al amor como “apoyo—ayuda, agradable—bonito o ternura” en vez de centrarse en sexo. Podemos concluir que a través de los años los discursos y las narrativas cambian, y las prioridades emocionales de cada persona se transforman.

En México hay muchas “parejas tradicionales”, pero como lo afirmó Tenorio Tovar (2016), es un país en transición. En las ciudades, entre las personas de clase media alta, se desarrollan nuevas formas de relacionarse, más equitativas, que, aunque rompan paradigmas, no quiere decir que construyan un amor más duradero o profundo.

El sexólogo César Galicia, a quien entrevisté, contradice a Bauman. Afirma que nunca supimos amar tan bien como lo hacemos ahora. Esto deviene del mismo proceso que critica Bauman, de globalización y comunicación masiva, porque gracias a estos dos fenómenos, se puede tener conversaciones democráticas sobre el amor. Cesar dijo que el matrimonio es una institución fallida, porque efectivamente cada vez hay más divorcios y menos matrimonios. Sin embargo, él no

lo lee como algo malo, al contrario, sostiene que el matrimonio le falló principalmente a las mujeres, que tenían que soportar violencias diario y no podían separarse de sus parejas por razones sociales o económicas —aún hay muchas mujeres paralizadas por estas razones—. Otra de las razones por las cuales piensa que nunca habíamos amado mejor, es porque nos cuestionamos los paradigmas heredados, en parte porque muchos de los jóvenes de hoy nacieron en familias en las que los matrimonios estaban fracturados. Entonces ideas como “para siempre” “incondicional” no entran en nuestra concepción.

Hooks, en *Todo sobre el amor* (2002), habla de un cinismo generalizado en las últimas generaciones. “Los jóvenes de nuestra época se muestran escépticos ante el amor, porque la inmensa mayoría tiene la sensación de que es imposible encontrarlo.” A diferencia de Galicia, Bell Hooks piensa que los jóvenes más que estar abiertos al diálogo y al cambio, tienen un miedo profundo, por convertirse en todas aquellas parejas con las que crecieron, o todos los días ven.

La psicóloga Maelvi Lizette Muñoz Álvarez, en entrevista, planteó que la generación Z (1995–2005) es una generación en búsqueda de referentes. Los padres de la mayoría de nosotros no se aman o se divorciaron. El poliamor y otras formas de relacionarse siguen siendo alternativas mal vistas en su mayoría. Para las parejas homosexuales, que crecieron en familias heterosexuales, tampoco hay un referente de como su vida en pareja podría verse en el futuro.

A la vez, muchos quieren casarse, pero no quieren replicar modelos con los que crecieron. En ese sentido se informan, se arman de valor y buscan relacionarse de manera distinta como lo explicó César Galicia. Sin embargo, Maelvi Lizette explica que, aunque haya mucha información, eso no siempre se traduce en mucha más conciencia. Se identifican ciertos problemas y actitudes, las razones por las que alguien es de cierta manera, pero Maelvi insiste en que “darse cuenta” es el primer nivel. Ella piensa que la generación Z tiene retos para pensar en profundidad, y recomienda procesos terapéuticos para cambiar desde el inconsciente, los traumas ocasionados en la infancia que se reflejan en las relaciones de pareja.

Al contrario de César, ella piensa que el amor no es mejor ahora, ni necesariamente peor. Habla de que los medios de expresión cambian, pero en el fondo el humano y el amor siguen siendo lo mismo, seres gregarios, tenemos la necesidad de la familia y la comunidad y se expresa través de las diferentes

mediaciones. A la vez reconoce que el amor propio y el auto conocimiento, son buenos motores para empezar una relación.

Estamos en una lucha muy importante de romper con aquello que nos ha hecho daño por muchos años, pero no hemos encontrado nuevas estructuras que nos den sentido. Están en una búsqueda de sentido y no sabemos si vamos a llegar a estos niveles de consciencia más altos o sigamos en la rabieta de la deconstrucción, pero sin la capacidad de construir mejores escenarios (Muñoz, 2023).

¿Por qué enamorarse depende de muchas cosas, pero no de uno mismo?

En el apartado de los antecedentes hemos argumentado que los medios en los que se expresa el amor han cambiado junto con los sistemas sociales y económicos de cada época. La forma en la que se expresa el amor, desde cartas largas y tortuosas, hasta reacciones de una historia de Instagram, van a la par de los cambios estructurales.

Es por eso que muchos adultos han dicho “los jóvenes ya no saben amar”. Porque los medios cambian, y mucho del esfuerzo detrás de las relaciones ya no existe: ir a citas acompañados, mandarse cartas, cruzar miradas después de misa. Arlie Russel Hochschild (2022) teorizó sobre el comportamiento en las relaciones a través de lo que llamó “reglas sentimentales” “feeling rules”, que es definido como el conjunto de normas sociales, nunca articuladas que permiten o no a la gente sentir, o expresar ese sentir. Es decir, hay ciertos sentimientos que son permitidos en situaciones concretas. En ese sentido, la autora dice que hay un “trabajo emocional”, “emotional work”, en el que las personas se esfuerzan por sentir lo que deberían de estar sintiendo, o por reprimir lo que no deberían de estar sintiendo. Esta autora lo define como “el acto de tratar de cambiar en grado o calidad una emoción o sentimiento” (Hochschild, 2011).

Por ejemplo, una regla emocional es que los hombres adultos no pueden llorar, o que, en año nuevo, uno debe de estar contento. El trabajo emocional, en ese sentido, es el hombre que intenta disimular las lágrimas o las personas que pretenden sentirse eufóricas en festejos. Cuando los amigos dicen “ya pasó mucho tiempo, deberías de dejarlo ir”, están siguiendo una regla emocional que dicta que después de ciertos meses, tienes que sentirte más tranquilo respecto a una ruptura.

Es tan simple como eso, pero al mismo tiempo las reglas emocionales también se atañen a diferentes contextos (Thoits, 2004). No podemos pretender que nos atenemos a las mismas reglas emocionales en México que en Estados Unidos o Inglaterra. Por ejemplo, en una entrevista con cinco estudiantes universitarios del ITESO —tres hombres y dos mujeres—, les pregunté si les parecía bien que la mujer tomara la iniciativa. Isaac y Daniel contestaron que ellos preferían que no, y Juan Carlos dijo que podría ser una “buena sorpresa”. Las mujeres, Inés y Luz respondieron que ellas no tomaban la iniciativa a menos que fuera estrictamente necesario. Al preguntarles que pensaban sobre pagar las citas, los tres hombres contestaron que estaban dispuestos a hacerlo y les daba gusto, y las mujeres afirmaron que pagar la primera cita era un buen detalle.

Por último, les pregunté si admirar profesionalmente era un requisito para andar de novios. Isaac y Juan Carlos contestaron que era un plus en la relación, Daniel contestó que no era decisivo. Sin embargo, cuando cuestioné si les molestaría que sus parejas fueran más exitosas que ellos, Juan Carlos contestó que se le haría raro, ya que no está acostumbrado a eso; Daniel respondió que se da cuenta de que es una actitud errónea y la intentaría cambiar, e Isaac contestó que sí le molestaría. Estas actitudes son muy específicas del contexto socioeconómico y regional en el que hice la entrevista, sin embargo, no creo que apliquen de la misma manera en sociedades occidentales.

Hay muchas personas que no siguen estas reglas emocionales. A éstos se les llama “emotional deviants” (Thoits, 2004). Y por resistirse a las normas, reciben castigos sociales, aunque también impulsan el cambio. Hay un protocolo principal para que la pareja heterosexual se enamore: el hombre tiene la iniciativa, salen por unos meses, se conocen, se cuentan cosas personales, se admiten su amor después de pasado un tiempo —el hombre lo tiene que hacer primero—, le pide ser su novia. Cualquier historia de amor que se salga de este proceso, es mal vista. Por ejemplo, si un hombre está detrás de una mujer que lo ha rechazado múltiples veces, es romántico, pero si una mujer lo hace, es desesperado. Las reglas emocionales también se adscriben a los géneros. Hay ciertas cosas permitidas para los hombres y ciertas cosas prohibidas para la mujer, y viceversa.

El niño herido que se esconde en muchos hombres es un joven que la primera vez que dijo sus verdades fue silenciado por el sadismo paternal, por un mundo

patriarcal que no quería oírle expresar sus verdaderos sentimientos. La niña herida que se esconde en muchas mujeres es una niña que desde muy pequeña aprendió que tenía que convertirse en algo diferente de lo que era, que para atraer y complacer a los demás tendría que negar sus verdaderos sentimientos (Hooks, 2002).

La psicóloga Maelvi Muñoz habla sobre la importancia de tratar los traumas de infancia a la hora de relacionarse. “Si la herida de la infancia es el abandono, todo el tiempo voy a sentir esa herida con mi pareja porque ahí es donde buscamos el amor incondicional que no tuvimos cuando niños.” Últimamente el discurso en las redes sociales sobre “daddy issues” o “mommy issues” está de moda. Estos términos tienen su origen en los sentimientos de amor y odio que se experimentan de niños hacia los padres, denominados por Freud en 1910 como complejo de Edipo y de Electra. Hooks (2002) argumenta que debería de haber una escuela de amor, ya que se piensa que el amor se aprende en la familia, pero en la realidad, muchas personas vienen de familias rotas, en las que la humillación, la vergüenza e incluso la violencia, son enseñadas como parte del “amor”.

Es común escuchar la frase “yo nunca voy a ser como mis padres”. El escepticismo y desconfianza que sienten los jóvenes son consecuencia de crecer en familias disfuncionales. Sin embargo, estamos condenados a ser nuestros padres. El filósofo francés Rene Girard escribió sobre el deseo mimético, un círculo vicioso en el que todos y todas caemos. Nos imitamos, y en nuestro intento de ser diferentes, nos volvemos iguales. Lo que argumenta Girard es que los humanos tenemos una gran capacidad para desear, pero al no ser originales buscamos referentes de deseo. Estos referentes pueden ser nuestros padres o nuestros amigos o nuestros colegas e incluso nuestros escritores favoritos. Pero al final los deseos son muy limitados, y los nuestros se parecen a los de ellos. El giro que le da Girard, frente a otros filósofos como Spinoza (Vínolo, 2010) que ya habían tratado el tema de la copia, es que, a diferencia de ellos, él no ve la imitación como la pérdida de la autenticidad, sino como un proceso inevitable. El deseo mimético funciona en un sistema social, en el que ciertas reglas están escritas. Vínolo pone el ejemplo de cómo funciona en un académico. Establece que para el académico es importante destacar para conseguir una plaza, por lo que lee, publica artículos, da conferencias, y al mismo tiempo hay cientos sino es que miles de académicos que

hacen lo mismo. Que él realice estas actividades —más o menos— que los demás, es irrelevante. Todos los académicos tienen los mismos deseos. Y en cada extracto social, con sus propias reglas, pasa lo mismo.

Los padres lastiman a los hijos durante la crianza, pero en el fondo su deseo es el mismo que el de los hijos cuando se dispongan a ser padres, que no es otra cosa que darles lo mejor. El problema con los deseos es que son las cosas que no tenemos como lo expuso Platón. Y si tenemos los mismos deseos, estamos destinados a imitarnos.

2.1. Sustento teórico y metodológico

A lo largo de esta investigación me apoyé en varios textos de filósofos y sociólogos. Los principales fueron:

- El sociólogo polaco Zygmunt Bauman y su libro *Amor líquido* (2002). Bauman habla sobre los retos que enfrenta el amor en tiempos modernos. En términos económicos habla sobre cómo las relaciones se han convertido en conexiones, y el compromiso y la responsabilidad se están diluyendo en un mundo líquido, consumista. Bauman se muestra pesimista respecto al amor en tiempos modernos.
- Erich Fromm y su libro *El arte de amar* (2002). Fromm argumenta que el amor no es un objeto, es una facultad. Lo entiende como un arte o un esfuerzo, que se va aprendiendo si se tiene voluntad para hacerlo. Fromm también hace hincapié en que el consumismo y la velocidad de la vida industrializada afectan las relaciones.
- Katy Evans, en su libro *Love, an unromantic discussion* (2002), hace una radiografía de varios filósofos como Bauman y Anthony Giddens. Usa ejemplos modernos como Lady Diana y el príncipe Charles y concluye algunas ideas sobre el amor, la individualidad y las relaciones no monógamas o heterosexuales.
- El sociólogo inglés Anthony Giddens y su libro *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas* (1995). Ésta es una de las visiones más optimistas sobre el amor moderno. Giddens

plantea un panorama más democrático para las relaciones. Dice que una vez “superadas” las barreras de género, etnia o clase, la gente puede enamorarse de una forma más pura.

- La escritora y activista Bell Hooks, en su libro *Todo sobre el amor* (2002), analiza el amor desde una perspectiva feminista, da cuenta sobre la nueva generación de jóvenes que se muestran cínicos y escépticos sobre el amor. También habla sobre la importancia de las dinámicas familiares en las relaciones y ofrece algunas pistas para amar bien y confiar en el amor.

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

Cuando hablamos de amor, es importante también hablar de sexo, narcisismo y desamor, por lo que desarrollaré estas tres ideas en diálogo con las expuestas anteriormente.

La sociedad en la que vivimos, como lo hemos planteado con anterioridad, se encuentra en transición, sin embargo, el académico Rogelio Marcial Vázquez escribió en su artículo “¿Por amor o por placer sexual?: disputas, acuerdos y poder en socialidades sexoafectivas entre jóvenes de Guadalajara” (2013) que la violencia sexual y física a la mujer es una constante en las parejas románticas. Él observa algunas violencias no tan explícitas, dictadas por los roles de género en las parejas heterosexuales. En las entrevistas que hizo, los hombres jóvenes afirman que tienen novia para tener sexo, y que para lograrlo deben de portarse cariñosos y evitar que estas se enojen. Las mujeres mientras tanto dieron cuenta de que no siempre quieren tener sexo, pero que acceden a ello porque si no “se buscan a otra” (Marcial, 2013). También dijeron que cuando ellas son las que quieren tener sexo no lo dicen abiertamente, ya que no quieren parecer “calientes”. Marcial (2013) habla de que los roles de género incluso trascienden las parejas heterosexuales y da cuenta de microviolencias ocurridas en parejas homosexuales. Las reglas emocionales, que expliqué antes, están claras en cuanto al sexo. Las mujeres deben de actuar de tal forma que no pasen por una “cualquiera” pero tampoco parezcan “frías”. Los hombres demuestran que el sexo es una “necesidad irreprimible” que los obliga a buscar constantemente desahogarla.

Además en México no hay educación sexual general y accesible, prueba de ello son las cifras de embarazos adolescentes. En 1994 el porcentaje de mujeres

embarazadas menores a los 20 años era de 16.9 (INEGI, 2022). Hubo un incremento con los años hasta 2014, cuando llegó al punto más alto con un porcentaje de 19.4, En los años posteriores el porcentaje bajó. En 2022 el 15.1% de las mujeres embarazadas tenían menos de 20 años. Según cifras de la Secretaría de Salud (2018), en 2016 el 45% de las jóvenes de 15 a 19 años no utilizó anticonceptivos en su primera relación sexual. Este panorama es consecuencia de la falta de acceso a consejería y métodos anticonceptivos, el contexto social y económico familiar y la violencia a la mujer (Secretaría de Salud, 2018).

La socióloga Anastasia Powell (2010) ha teorizado sobre la supuesta liberación sexual en países como Australia y Estados Unidos, en los que la mujer ha tomado un papel más activo en cuanto a su sexualidad y sus deseos y como consecuencia directa la violencia hacia la mujer ha aumentado. Powell consta que en estas sociedades gran parte de las mujeres han sufrido de abuso sexual, casi siempre por un conocido. Como si los hombres les infligieran un “castigo moral” por el reconocimiento de su deseo. “He aquí una clara inequidad: los hombres lo podemos «hacer» por amor o por sexo abiertamente y ellas deberán estar dispuestas. Pero ellas sólo lo deben «hacer» por amor, y así siempre demostrarlo”, concluye Marcial (2013).

Los académicos Mariana Gabriela Vilet y Jaime Sebastián F. Galán Jiménez (2021), en su artículo “Apropiación del cuerpo: autoerotismo y machismo sexual”, afirman que el feminismo se presenta como una alternativa en la sociedad machista de México para disfrutar de las prácticas sexuales y aprender sobre autoerotismo, definido por la filósofa Judith Butler (2017) como “la excitación y satisfacción, la cual se relaciona a la emoción sexual generada por la misma persona, muchas veces, mediante la masturbación” y que comprende también sueños y cualquier tipo de placer autónomo y propio (Vilet y Galán, 2021).

Sobre las implicaciones morales de la liberación sexual, los filósofos y sociólogos de sociedades occidentales que he citado afirman que en la modernidad forma parte de una especie de escape de la realidad. La socióloga Katy Evans (2002) habla de que la “democratización de la intimidad” se trata más bien de “la democratización de la depresión” ya que el sexo casual es en muchos de los casos una de las consecuencias de la sociedad de consumo, en la que se entiende a la gente como productos que compras y tiras. Bauman (2002) y Fromm (2002) estaban de acuerdo con esta cuestión. Fromm escribió “El sexo sin amor sólo alivia el

abismo que existe entre dos seres humanos de forma momentánea”. Y Bauman lo secundó, en esa misma línea argumentó que el problema esencial del sexo casual es la inmediatez:

El sexo ¿se trataba del primer paso hacia una relación o era su coronación y su término? ¿Una etapa de una sucesión significativa o un episodio único? ¿El medio para un fin o un acto que se agotaba en sí mismo? (...) El sexo, despojado de su antigua posición e implicaciones sociales, cristalizó la terrible y alarmante incertidumbre que habría de convertirse en la mayor pesadilla de la modernidad líquida (Bauman, 2002).

Estos filósofos distan de ser conservadores, y sin embargo insisten en distanciar el sexo casual del amor, ya que es una fuente instantánea de placer, lo cual contradice su visión de que el amor es esfuerzo y voluntad. Eva Illouz (2020) está en contra de que la libertad sexual, por su carácter progresista esté exenta de críticas que sí se hacen a la libertad de mercado o a otros tipos de libertades. Cita a Karl Marx: “La libertad contiene el riesgo de permitir el florecimiento irrestricto de las desigualdades”, tales como las expuestas anteriormente por Marcial (2013), en la que los hombres son los principales beneficiadores de la liberación. Illouz hace hincapié en que este escrutinio también tiene sus matices, por ejemplo, celebra la libertad de las parejas homosexuales que salen de la clandestinidad en las últimas décadas. Sin embargo, ellos están hablando de países como Inglaterra o Estados Unidos, y aunque hay desigualdad de género en todas partes, creo que la liberación sexual en países más subdesarrollados apenas empieza a tener progreso, como para pensar en sus implicaciones morales. Es decir, en México, ser una mujer que disfruta abiertamente de su sexualidad, sigue siendo político y excepcional. Las mujeres que se atreven a hacerlo sufren todo tipo de castigos, desde ser llamadas “zorras” hasta incluso la muerte.

Hay una frase de Annie Ernaux, escritora ganadora del premio Nobel en 2022, que lo resume muy bien: “Cada placer lleva nombre de derrota para mí y de victoria para él”. El libro al que estoy citando se llama *La mujer helada*, en el que relata con precisión las reglas a las que una joven de campo como ella tiene que adherirse. En México la cultura machista sigue permitiendo que el hombre de rienda

suelta a sus deseos y exige que la mujer los reprima, como ya lo expuso Marcial (2013).

El narcisismo

He hablado de la cultura de consumo y el neoliberalismo como dos factores que están incidiendo activamente en el amor. Sin embargo, también están incidiendo en el narcisismo generalizado que impera en la modernidad. Eva Illouz (2020) habla de este proceso de individuación al que se refiere Giddens (1995) como una consecuencia directa de la anomia —el fenómeno que se produce cuando el sujeto se desliga de los procesos institucionalizados, la iglesia, el país, la tradición, etc.—. Afirma que no es casualidad que el individuo llegue a la edad adulta con su gusto musical definido, sus posturas políticas, su carrera o profesión, su sexo, el sexo de las personas con las que se relaciona e incluso, su círculo cercano y lejano de amigos y conocidos. “Son todos “elegidos”, son el resultado de actos decisorios reflexivos, supervisados y deliberados” (Illouz, 2020).

Esto me recuerda a la novela de Milan Kundera *La inmortalidad* (1988), en la que desarrolla dos personajes femeninos opuestos y en pugna. Laura, que es la hermana menor, y tiene unas ganas incontenibles de experimentar la vida y definirse a sí misma a través de los demás, y Agnes, la hermana mayor que disfruta de la soledad, y su sueño más profundo es sumirse en silencio, lejos de las miradas de todo aquel que la conoce. Kundera escribió:

En nuestro mundo, en el que hay cada vez más rostros cada vez más parecidos, es difícil para una persona confirmar la originalidad de su yo y convencerse a sí misma de su irrepetible unicidad. Hay dos métodos para cultivar la unicidad del yo: el método de la suma y el método de la resta. Agnes le resta a su yo todo lo que es externo y prestado, para aproximarse así a su pura esencia (el riesgo consiste en que al final de cada resta acecha el cero). El método de Laura es precisamente el contrario: para que su yo sea más visible, más aprehensible, más voluminoso, le añade cada vez más y más atributos y procura identificarse con ellos (con el riesgo de que bajo los atributos sumados se pierda la esencia del yo) (Kundera, 1988).

Laura, a mi parecer, es una representación temprana del narcisismo tan común en nuestra época. La necesidad de consumir, construirnos mediante

productos y experiencias. La académica Alma Luz Forte en su artículo “La cultura del narcisismo y el deseo de ser siempre joven. Un fenómeno sociocultural sutil y perverso” (2014) explica que la publicidad interminable sobre gente joven y la mercadotecnia detrás de productos que prometen cierto estilo de vida, están afianzando este fenómeno.

En tiempos modernos la “autorrealización”, la felicidad y el placer son la aspiración de vida, sin embargo, esto se traduce en actitudes egoístas y asilamiento (Forte, 2014). El “yo” de repente es más importante que el “nosotros”, el narcisista es partidario de motivaciones centradas fundamentalmente en su provecho y beneficio. Los libros de autoayuda enriquecen esta búsqueda constante de autoconocimiento, en la que se aspira tener un sentido de vida construido desde uno mismo, según Forte (2014).

Los narcisistas se muestran como personas seguras y resueltas, pero en realidad intentan ocultar una profunda inseguridad —el yo aparentemente no es suficiente— y anesthesiarse de todos los placeres instantáneos que consumen que los dejan con un vacío aún más grande, y unas ansias más voraces. A la vez, obtienen validación a través de la gente, que es otro rodeo largo para construir un sentido de vida (Forte, 2014). No tienen reparos en perder la continuidad histórica, despreciar el pasado y evitar pensar en el futuro. Se sienten desapegados a la larga raíz de antepasados e historia que les precede, y no tienen un interés serio por la posteridad, según Christopher Lasch (1999). Es una cultura que tiene obsesión compulsiva por vivir en el presente. Es muy común escuchar a la gente decir “Quiero ser siempre joven”.

Kierkegaard habló sobre los estadios de la existencia (1843) y los clasificó en estético, ético y religioso. El estadio estético se relaciona a la juventud y está constituido por la inocencia, la ironía y la inmediatez (Binetti, 2010). Lo describe como el despertar espiritual, y para ejemplificarlo usa personajes de la literatura o de la historia como Nerón o Don Juan. En este estadio “el ser se diluye en una pura simplicidad, incapaz de contener relación alguna” (Binetti, 2010). Sin embargo, esta fase eventualmente termina y empieza el estadio ético y después el religioso, ya que la etapa estética conduce al aburrimiento y a la desesperación. El hedonismo y el placer terminan por hartar, la cuestión es que, como lo afirmó Bauman (2001), hay una juventud ampliada que festeja valores estéticos o característicos de esta etapa,

como la irresponsabilidad, el asombro constante y el desenfreno. La cuestión, es si las personas están dispuestas a ascender a los siguientes estadios de consciencia.

El narcisismo en estas nuevas generaciones, —que no es lo mismo que amor propio— agudiza el egoísmo, la individualidad, y por lo mismo la capacidad de ver al otro y de amarlo. Como escribió Gillian Rose (1995) la modernidad “nos mantiene infinitamente sentimentales con nosotros mismos, pero metódicamente despiadados hacia los demás”. Por ejemplo, una práctica que me parece en exceso narcisista es la de las “red flags” (banderas rojas). En las redes sociales se popularizó este discurso de identificar los defectos de las personas para huir más pronto de ellas. Una red flag, podría ser que no contesta rápido los mensajes, o que vive con sus padres a los treinta años, o que sigue en contacto con su ex. Lo que me parece tan desubicado de esta práctica, es que todos a los veinte años, ya acumulamos varias “red flags”, y posicionarse en el púlpito moral para decidir quién es suficientemente bueno para nosotros, para “no perder nuestro tiempo” implica categorizar a la gente, antes de si quiera conocerla.

En todo caso, supongamos que alguien en cierta medida narcisista se enamora. La persona amada entonces pasará a ser el reflejo en el que se admira, y cuando ésta se muestre en desacuerdo o emita críticas, el amor va a romperse (Binetti, 2010). El problema que identifico en todo esto es que los discursos tan comunes en los círculos de jóvenes universitarios, que hablan sobre “poner límites” o “no rebajar tus estándares” etc. provocan que la gente cese de participar en la construcción de las relaciones, y no admita error por parte del otro. O sí, pero con grandes dificultades para ceder, lo cual es crucial y determinante en una relación.

David Foster Wallace dio un discurso de graduación para la clase de Kenyons en 2005, titulado *This is water* en el que empieza por contar una anécdota. Hay dos peces jóvenes que se cruzan con un pez viejo en el océano, el viejo les pregunta “¿Qué tal el agua?” a lo que ellos responden “¿Qué es agua?”. Esta historia la usa para constatar que las realidades más obvias son las que nos cuesta más trabajo ver. Y una de estas realidades que solo vemos en momentos de lucidez, es lo que Foster Wallace denominó el “fallo de origen”, y describe así: “Todo en mi experiencia inmediata apoya mi profunda creencia de que soy el centro absoluto del universo, la persona más real, vívida e importante que existe”. Todos tenemos un fallo de origen, porque solo podemos acceder a nuestros propios sentimientos y pensamientos, los de los demás tienen que ser comunicados para entenderlos. Lo

que él propone ante este problema, es salir del modo automático, en el que dejamos que nuestro fallo de origen, nuestra mente, nos lleve por la vida —describe el enojo que siente cuando hay tráfico después del trabajo, y la fila del supermercado es larguísima, toda esa gente *en su camino*—. En cambio, tomar conciencia, de que el mundo está lleno de gente, con sus propios problemas, sentimientos y pensamientos. Ponerles atención, entenderlos. Para mí esa es la mejor manera de salir del círculo vicioso del yo.

Bauman (2002) escribió sobre la importancia de ver a las otras personas, formar relaciones con ellas, que no sean exclusivamente románticas: “Amar a tu prójimo como te amas a ti mismo es muy difícil, pero no puedes amar a alguien si no amas también a muchos más. Eso sería en todo caso un egoísmo centralizado”.

Desamor

En *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas* (2020) Illouz escribió:

Una cultura que tiene tanto para decir acerca del amor es mucho más silenciosa cuando se trata del momento, no menos misterioso, en el que evitamos enamorarnos, en el que nos desenamoramos, en el que quien antes nos mantenía en vela durante la noche ahora nos deja indiferentes, en el que nos alejamos a toda prisa de quienes nos atraían hacía unos meses, o incluso hace unas horas (Illouz, 2020).

Gornick (2023), en su ensayo *Diana of the Crossways*, recapitula esta novela victoriana escrita en 1885, centrándose en el momento en el que la protagonista —que sufrió las consecuencias de un matrimonio asfixiante que terminó con la muerte de su marido, y empezó a crecer como individuo al involucrarse y organizar actividades políticas— hace algo imperdonable para alejarse del hombre al que ama. Es el momento en el que la mujer inteligente y enamorada se da cuenta de que está punto de perder su libertad. También su futuro. Todas las posibilidades se reducen a una, todas las formas en las que se pudo tornar la vida de repente están condicionadas a esa elección.

Este momento, del que también habla Illouz (2020), en el que ambas partes o alguna de las partes se paraliza ante la pérdida de su libertad, está representado en exceso en las comedias románticas. Empezando por las más clásicas como *When*

Harry meets Sally (1989) o contemporáneas como *How to lose a guy in ten days* (2003). En ambas películas el protagonista recapitula después del entumecimiento y persigue a su enamorado para refirmarle su amor. Ese salto de fe es el principio del desamor.

El desamor es definido por la Real Academia Española como “falta de amor o amistad” (2022). La académica Angels Santa Bañeres (1996) lo define aún mejor:

La experiencia del desamor es la experiencia de la desgracia, desgracia por no ser amado cuando uno es el mismo de antes o cree serlo y el ser amado le había dicho que lo amaría siempre; desgracia por no amar ya, cuando el ser amado es el mismo y él le había dicho que lo amaría siempre. Por ello no hay amor feliz, es cierto, porque no existe un amor que no haya sido traicionado o decepcionado, al menos por lo que respecta al amor-pasión, porque la pasión es carencia y deseo de plenitud, y como seres humanos la plenitud es algo que nos está prohibido (Santa Bañeres, 1996).

Es posible que todo mundo viva algún tipo de desamor en este mismo momento. Santa Bañeres (1996) identifica cuatro tipos de desamores principales: el primero sucede cuando se acaba el amor a la vez, o para alguna de las partes, el segundo cuando una de las partes sufre porque la otra persona no le corresponde, el tercero cuando una persona nunca ha vivido el amor (en la opinión de Santa Bañeres, este es el peor), y el cuarto cuando dos personas son obligadas a convivir sin sentir amor por circunstancias externas.

Santa Bañeres (1996) afirma en su ensayo *El desamor* que el amor lleva en su esencia el principio del desamor, afirma que el amor fracasa desde el principio, y empieza fracasando. Porque el amor pasión implica un deseo por poseer algo, y el deseo es una carencia. Una vez que se tiene el objeto deseado, se acaba el amor. Y la falta de libertad, a la que tanto temían los personajes de *When Harry meets Sally* o *Diana of Crossways*, se vuelve una realidad. Lentamente. “Estar enamorado quiere decir que encontramos a faltar a alguien, y lo encontramos a faltar tanto que esto sucede incluso cuando se halla con nosotros”.

Roland Jaccard (1980) escribió: “Quizá sea porque el peor enemigo del amor es la cotidianidad, el día a día; las ansias infinitas que comporta el amor no encuentran respuesta en la vida cotidiana y por ello el amor se acaba”. Son miles

las historias en la literatura en las que el amor se acaba una vez que se consuma, empezando por *Ana Karenina* (1878), de León Tolstoi, *La insoportable levedad del ser* (1984), de Milan Kundera, o casi todas las novelas de Isabel Allende. Si la respuesta última del amor no es la muerte, es el desamor. Al menos en la literatura. Me pregunto cuánto tiempo Pedro Páramo hubiera amado a Susana Sanjuan si esta no hubiera muerto. O Martín a Avellaneda en la novela *La tregua* (1959) de Mario Benedetti.

Creo que ahí reside el porqué de tantas novelas de desamor. Es el tipo de experiencia que sume en reflexiones a la persona. La escritora Anné Garreta dijo que “Nunca cuando estamos enamorados escribimos libros de amor; tenemos algo mejor que hacer.” Pero cuando no hay nadie a quien amar, o te han dejado, se escribe. Al principio de la investigación constaté que hay más de 100 millones de canciones de amor, la gran mayoría de ellas son sobre desamor (Chilton, 2023). Me recuerda a esa frase de León Tolstoi en *Ana Karenina*: “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”, yo lo podría reinterpretar como “todas las historias de amor se parecen, pero cada historia de desamor tiene su motivo especial para ser desgraciada”.

Julia Kristeva (1983) escribió:

El amor es solitario porque con frecuencia es muy difícil de comunicar; como si, en el momento en que el individuo descubre su verdadera identidad, descubriese también la cerrazón de su propia condición y la impotencia de su lenguaje. El amor es un vértigo de la identidad, un vértigo de la palabra; a escala individual es un cataclismo irremediable del que únicamente podemos hablar después. Mientras dura no podemos hablar de él.

Esto parece contradecir el principio fundamental del amor, que es que participan dos personas o más, pero yo lo creo firmemente. El amor es algo solitario. No hay manera de saber con precisión qué es lo que siente o piensa la persona que amas. El amor sucede de igual manera cuando estás en tu cuarto esperando una llamada, o lavando los platos, que cuando están juntos, tomados de la mano, o viendo una película. Walter Benjamin (1997), en su libro *Diario de Moscú* (1997), narra su historia tortuosa con la comunista y dramaturga Asia Lascis y escribe:

“Comprendía que la soledad no existe para nosotros cuando la persona que amamos también está sola, aunque se encuentre en un lugar diferente donde no podemos alcanzarla” (1997 p. 53).

La monotonía, la dependencia, la pérdida de la individualidad son algunas de las razones más comunes por las que se acaba el amor. Psicólogos y académicas como Bell Hooks (2002) insisten en que el amor propio es crucial a la hora de amar. Y aunque yo pienso que es idílico, exigirle a la gente que primero se ame a sí mismo antes de amar, por todos los problemas estructurales que atraviesan el amor, estoy de acuerdo en que el amor —entendido como la ilusión o la pasión del principio— no dura, y a la hora de escoger pareja debe de haber otras razones, lógicas o sentimentales como los gustos en común o la amistad, que los unan. Erich Fromm lo dijo en *El arte de amar* (2002): “Paradójicamente, ser capaz de estar solo es la condición para ser capaz de amar”.

La psicóloga Paulina Horno Goicoechea (2018) habla de que el éxito de las parejas va a depender no solamente del esfuerzo y el cariño con el que tratan al otro, sino con el que se tratan a sí mismos. Horno Goicoechea habla sobre la importancia de un apego seguro en la infancia lo cual va a significar la creación de vínculos más sanos durante la adolescencia y la juventud. Como ya había mencionado, los traumas en la infancia de las personas van a ser cruciales a la hora de amar, según la psicóloga Maelvi Lizette Muñoz. No se pueden evitar estos traumas, pero para reducirlos, es necesario lograr formas más respetuosas de crianza. Efectivamente creo que la convivencia siempre implica sufrimiento, porque, como mencioné en el apartado del narcisismo, nadie puede entender al otro como se entiende a sí mismo. Somos diferentes. La escritora estadounidense Willa Cather escribió que en todas las familias “la simple lucha por tener algo propio, por ser uno mismo, crea un elemento de tensión que mantiene a todos sus miembros casi en el punto de rotura” (Cather, consultado por Gornick, 2023). Si la sociedad, o al menos algunas familias logran reducir la violencia en las dinámicas de apego y cariño, tal vez algunos niños afortunados, se convertirán en adultos que le saquen más partido al amor en la modernidad. Sin olvidar, que el desamor, es una experiencia igual de posible y necesaria como lo es el amor.

3. Resultados del trabajo profesional

Podemos concluir que, a lo largo del siglo XX, que estuvo marcado por guerras, desplazamientos e industrialización masiva, las reglas sentimentales (Hochschild, 2011) se han expandido y contraído sin parar. Desde los años veinte y treinta, de vanguardia en los que la liberalización en las normas y en las convenciones sociales parecía retraerse, hasta los años cuarenta en los que se volvió a instaurar un sistema estable, rígido y conservador. Veinte años después, en la década de los sesenta, los límites vuelven a difundirse, y la sociedad se transforma con la llegada de los anticonceptivos y los movimientos políticos, pero en la década de los ochenta, cuando casi toda Latinoamérica se incorpora al sistema neoliberal y globalizador, se alteran una vez más las formas de relacionarse. La historia, así como el amor, no es una línea recta en la que se va mejorando poco a poco. Al contrario, las relaciones varían conforme a las situaciones políticas, económicas y sociales de los países. Sin embargo, lo que persiste a través de diferentes medios, es la profunda necesidad humana de ser entendido y amado. Por eso concuerdo con la psicóloga Maelvi Lizette Muñoz cuando afirma que no se amaba mejor antes ni se ama mejor en la actualidad. Cada época tiene sus propias características. En la primera mitad del siglo pasado, la rigidez de las estructuras sociales representaba una cárcel para las minorías o para las mujeres, pero el orden establecido marcaba un camino para cada individuo inserto en el sistema, por lo que había certezas. La modernidad implica libertad —para algunos sectores privilegiados— y la libertad es un peso enorme en el individuo, que cree tener responsabilidad sobre sus decisiones y se encuentra ante la incertidumbre del futuro.

Una vez dicho esto, creo que sí hay características en nuestra generación que están acabando con el amor, fuera de los esquemas sociales y económicos que he planteado. En mi opinión, lo que nos faltan son dos aptitudes de gran importancia: esfuerzo e imaginación. El factor del esfuerzo está relacionado a lo que decía Bauman (2002) sobre nuestra costumbre por la satisfacción inmediata. Identifico prácticas comunes en la generación, que son consecuencia de esto, por ejemplo, si una relación no se desenvuelve de manera fácil y natural desde un inicio es descartada y además castigada, ya que perseguir a alguien, o mostrar demasiado interés es impensable en un mundo en el que el “yo” debe de ser suficiente. Además, el compromiso se entiende como una limitación a los miles de

opciones que creímos a nuestro alcance, un atentado a nuestra libertad. El compromiso requiere esfuerzo, y por eso huimos de él. Para mí esto demuestra el narcisismo en la generación Z, no estamos dispuestos a construir desde un inicio porque somos tan especiales que nos merecemos las cosas en la mano. Una de las prácticas discursivas que me llaman más la atención, es escuchar a grupos de amigas o amigos decir “No me merezco esto”, como si ser buena persona, o ser interesante, nos salvara del desamor o el rechazo, que son experiencias universales. Aunque creo que los estándares y los límites son necesarios, me pongo a pensar en que, si todos nos merecemos algo mejor, tal vez nos merecemos a nosotros mismos.

La segunda cuestión que le falta a esta generación: imaginación. Hace más de un año transcribí las cartas que le mandó mi abuelo a mi abuela cuando estaban comprometidos. Se conocieron en mi pueblo natal, Lagos de Moreno, un fin de semana en el que ella, una joven de la Ciudad de México, acompañó a su prima y a su hermana a las fiestas del pueblo. Ambos tenían novio en ese entonces, pero fue tal la conexión que decidieron casarse. Durante seis meses se mandaron cartas y se visitaron unas dos o tres veces. En las cartas de mi abuelo —no sabemos dónde están las de mi abuela, tal vez las mujeres guardan mejor estas cosas—, éste le describe todos los detalles del departamento que está amueblando y va a ser de los dos, y le dice que en las noches la extraña especialmente. La ausencia los llevó a la ilusión, que se maquinó todos los días mediante promesas, recuerdos y palabras escritas. Todas las cosas que mi abuela debió imaginar, con el matrimonio como el acontecimiento más importante de su vida.

James Baldwin escribió en un poema “La imaginación crea la situación y después la situación crea imaginación”. Ahora podemos mandar mensajes por cualquier aplicación. Por qué esperar con la incertidumbre cuando la otra persona nos la puede disipar momentáneamente en instantes. “Con nuestro culto a la satisfacción inmediata, muchos de nosotros hemos perdido la capacidad de esperar”, dice Bauman (2002). La hiperconectividad nos quita la posibilidad de imaginar, y por lo tanto de sentir y pensar. Hay una necesidad enorme por obtener felicidad y amor en una relación que sea perfecta de a primeras. Pero creo que hay darle tiempo al aprendizaje, a la construcción más orgánica de las relaciones. A pesar de tantos discursos sobre amar “bien”, o responsabilidad afectiva, etc., mi percepción es que las experiencias son lo que termina de construir el carácter, no

las ideas con las que estamos de acuerdo. Doris Lessing, en su novela *El cuaderno dorado* (2007), escribió un diálogo que me parece brillante:

¿Qué me dices de toda la gente maravillosa que conocemos, de cincuenta, sesenta años? En fin, hay unos cuantos, una gente estupenda, madura y sensata, gente auténtica, que irradia serenidad. ¿Y cómo han conseguido ser así? Bueno, nosotros lo sabemos ¿verdad? Cada uno de ellos, el muy cabrón tiene un historial de crímenes emocionales. ¡Ah, qué tristeza los cadáveres sangrientos, esparcidos por la vía de la madurez del hombre o de la mujer, con toda la sensatez y la serenidad de los cincuenta y pico! La verdad es que no se puede conseguir ser maduro, sensato, etcétera sin ser durante treinta años un feroz caníbal.

Paciencia. Otra cuestión que brilla por su ausencia en el amor. Hay que aprender de nuestras relaciones, romper corazones y dejar que nos rompan el nuestro. Aunque se sienta como una injusticia enorme, que alguien te quiera y deje de hacerlo, todos en algún punto van a vivirlo. Y hay que estar a la altura de las circunstancias.

Como ya he explicado antes, en el amor se construye el desamor (Santa Bañeres, 1996). Porque el rechazo, aunque sea provisional, es lo que alimenta el interés y las ganas de querer. Sin embargo, nos asusta, como si eso significara que no somos suficientemente importantes como creemos ser. Es justo decir que la incertidumbre y el desamor se viven en todas las relaciones, y si se logran sepultar, el amor se acaba. En otras palabras, si una de las partes, pierde su autonomía y funda su vida en el amor que le da la otra persona, se termina la reciprocidad. Porque la distancia entre una persona y la otra, insalvable, por más mínima que sea, es lo que hace que funcione. Y la ilusión de poseer a alguien, que depende totalmente de tu atención es lo que lo hace fracasar.

Ya establecimos que el desamor induce a la mente a un esfuerzo extraordinario. La gente se corta el cabello, o toma más alcohol, o hace cualquier actividad que le devuelva el control que perdió. En todo caso, planea una vía de escape del sufrimiento. Pero yo recupero estas líneas de Rilke (1996) que escribió en una carta al señor Kappus en *Cartas a un joven poeta*:

Peligrosas y malas son sólo aquellas tristezas que uno arrastra entre la gente para mitigarlas; como enfermedades tratadas de manera superficial y necia, se retiran un instante para volver a presentarse e irrumpir de forma mucho más temible; y se acumulan en el interior, y son vida, vida no vivida, vida rechazada y perdida, por la que se puede morir (Rilke, 1996).

Según Rilke (1996), las tristezas son consumadas en la soledad, hay que ponerles la atención que demandan. No hay otra cosa que hacer más que dejar que atraviesen los cimientos no tan sólidos de nuestra vida. Estoy segura de que no soy la primera persona en concluir que la tristeza me ha llevado a entender muchas cosas que en la felicidad ignoro. Cosas, que espero me lleven a la vez a una vida interior más orgánica, y tranquila, llegado el momento.

Gornick (2023) se muestra en desacuerdo con esta noción mía. Ella afirma en su ensayo *El fin de la novela de amor* que el amor es más un acto de nostalgia que de revelación. Argumenta que el amor no es un sentimiento del que se sale mágicamente transformado. “Lo que necesitamos para construir un ser es la búsqueda deliberada de consciencia” (Gornick, 2023). ¿Qué es el amor, entonces? ¿La motivación principal de la vida? ¿Un accesorio para lidiar con el aburrimiento? ¿Una necesidad fisiológica? No lo sé. Puede que el amor sea un atajo, una distracción hacia el camino de la consciencia, como lo plantea Gornick. Tal vez es un rodeo en el enfrentamiento con verdades aún más terroríficas, como que estamos solos, y el tiempo corre. Mi opinión es que el amor y el desamor, son necesarios, pero realmente su único papel en la búsqueda de un sentido de vida es medir con precisión la distancia que hay entre uno y el otro. Y eso es más que suficiente.

Fuera de todas estas conclusiones, he de exponer una aclaración de suma importancia. Estoy de acuerdo con Alberoni (1984) cuando explica que la mujer, más creativa que nunca, está en posición de prescindir del amor. La emancipación económica y social está impulsando a la mujer a resistir todas las violencias que el matrimonio permite. A Bauman se le ha criticado por mostrarse nostálgico de un tiempo en el que el amor supuestamente existía, porque en ese tiempo (primera mitad del siglo XX) las mujeres estaban relegadas al hogar. Muchos de los argumentos de Bauman son interesantes y en mi opinión verdaderos y, sin embargo, la sugerencia de que hubo un tiempo anterior al nuestro en el que se

amaba mejor, es contar una sola parte de la historia. ¿Quiénes amaban mejor en ese tiempo? ¿Quiénes se preocupaban por preservar el amor? ¿Quiénes cedían su libertad? Claramente las mujeres. Esteinou (2016) dio cuenta de las dinámicas en las relaciones a principios del siglo pasado, en las que ahondé en el apartado de antecedentes. Explicó que la mujer casada tenía un papel muy específico en cuanto a la crianza de los niños y el cuidado del hogar. Además, mostrar sus verdaderos sentimientos y pensamientos era castigado, por lo que formaba un espacio íntimo con sus amigas, en vez de con su marido, que a su vez buscaba la intimidad en el sexo extramarital (Esteinou, 2016). Incluso la investigadora Natalia Tenorio Tovar (2016) en sus entrevistas a parejas en la Ciudad de México también ahondó en las faltas que la mujer tiene que soportar en una pareja tradicional a cambio de seguridad económica. Reitero, no creo que el amor en la actualidad sea peor que el amor antes.

Y aunque las mujeres han ganado más libertad en las últimas décadas, creo que es un panorama duro el que enfrentan. Porque los hombres no han podido abarcar otros papeles que el de proveedores (Alberoni, 1984). Además, las reglas sociales de las que habla Hochschild (2011) siguen siendo al menos en México rígidas y tradicionales. La libertad que trajo la modernidad parece beneficiar más a los hombres, que buscan relaciones más casuales, que, a las mujeres, que quieren compromiso. Esto hace que el discurso del desamor, como lo planteó Santa Bañeres (1996) sea todavía un área casi monopolizada por las mujeres, que más bien, ceden, a pesar de todo. Mantienen relaciones en las que el esfuerzo, la ternura y el cuidado siguen siendo su responsabilidad y área de acción. Respecto a esto, Doris Lessing (2007) escribió: “A veces las mujeres me desagradan; me desagradan por la capacidad que tenemos para no pensar en nada cuando nos conviene, Por ejemplo, decidimos no pensar cuando intentamos alcanzar la felicidad”. Es verdad que las mujeres heterosexuales que tengan relaciones amorosas se van a encontrar de frente con el hecho de que no hay una reciprocidad equitativa en la pareja. También es verdad, que las mujeres no quieren evitar el amor, ni deberían, aunque eso implique un esfuerzo descomunal.

Aun así, creo en la advertencia que hace Alberoni (1984) cuando avisa que las mujeres están subiendo sus estándares, y los hombres pronto van a tener que evolucionar en su rol para abarcar todo aquello que la mujer moderna busca. Si el amor ha minorizado su duración, creo que es porque las mujeres ahora tienen la

posibilidad del escape cuando por fin es claro, que no van a recibir lo que ellas dan en una relación.

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

A lo largo de la carrera he argumentado en diferentes asignaturas que el periodismo no debería de limitarse a cubrir la coyuntura, y llenar las secciones de política, deporte y en menor medida, cultura. Revistas y diarios como *El País*, *The Guardian*, y *Anfibia* me demuestran que se puede hacer periodismo riguroso sobre temas sociales y psicológicos.

Siempre me ha decepcionado que en Guadalajara la agenda cultural y social quede tan chica. Hay respuestas que nunca se van a encontrar en el periodismo, sino en la literatura y la filosofía. Pero creo que el periodismo también debería de tener el objetivo de documentar los cambios estructurales, las transformaciones sociales. E incluso retratar como se vive en cierta época, de la misma forma en la que *Ana Karenina* de León Tolstoi lo hace con el final del imperio ruso, o *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust en Francia, años antes de la Primera Guerra Mundial.

Es por eso que, en esta investigación, quise sintetizar algunas de las características y prácticas que moldean parte de mi generación en el amor. Nunca había investigado tanto para un solo tema en la carrera, ni había pasado tanto tiempo reflexionando sobre lo escrito. En ese sentido, creo que este informe me ayudo desarrollar competencias como la lectura detenida de decenas de artículos académicos y libros. Por fin, creo que le hice un poco de justicia a esa frase del periodista polaco Ryszard Kapuściński: “Por cada página escrita se han de leer cien”.

Soy buena representante de mi generación y me cuesta trabajo concentrarme. En vez de hacer una investigación concisa y redonda me parece que hice una línea recta, de argumentos y citas literarias. Que supongo que el próximo semestre voy a afianzarla más.

También me pareció difícil escribir. Especialmente al principio. Estoy acostumbrada, como buena periodista, a pensar dos o tres veces las frases que voy a escribir, antes de hacerlo. Por cuestiones de tiempo y eficiencia, me decidí a

escribir lo más rápido posible, y aun así sufrí mucho intentando expresar todo lo que había leído y pensado. A la vez, fue difícil acotar el tema a la pareja heterosexual privilegiada, pero espero que el próximo semestre pueda ahondar en parejas homosexuales, disidencias y vínculos. El tema del amor es inagotable, pero me gustaría realizar más entrevistas, e investigar cuestiones en específico como la fidelidad, la soledad, las grandes historias de amor en la cultura o de personajes históricos.

Durante la investigación hice entrevistas a profesionistas, a un filósofo, una psicóloga y un sexólogo, así como tres entrevistas con estudiantes universitarios. En las conversaciones que mantuvieron conmigo, descubrí algunas vertientes de lo que había leído y confirmé algunas teorías y deseché o matice otras. Específicamente las discusiones que mantuve con los estudiantes me dieron información para contrastar las bases de datos y la teoría con algunos miembros de mi generación.

Por último, creo que esta investigación puede servirle a cualquier joven que al igual que yo, tiene inquietudes y pocas certezas sobre lo que significa el amor. Y quién sabe, tal vez también pueda dar pie a la creación de “una escuela del amor” como lo planteaba Bell Hooks (2002), si no es que una clase universitaria o mejor aún en niveles de educación más bajos, en los que la información es siempre es contradictoria y se sufre más.

Reflexión de lo que la experiencia ha aportado en y para tu vida

Como mencioné en la introducción, esta investigación nace de una necesidad de entender por qué las relaciones acaban, y están acabando más pronto que nunca. He intentado argumentar por todos los medios a mi alcance, por qué el amor pasó de moda. Y comprendo que cualquiera que lea mi informe, permanezca escéptico. A lo largo de este semestre, le he platicado a decenas de personas algunos de mis descubrimientos, y aunque algunos se han mostrado de acuerdo con las ideas que expongo, e incluso me han contado sus experiencias, siempre se muestran ultimadamente en desacuerdo con mi premisa. Reitero, lo entiendo, al final también quiero creer que el amor existe y dura si esa es nuestra voluntad, a pesar de tantos teóricos y datos que digan lo contrario.

Debo de aclarar que esta investigación no nace de un supuesto meramente pesimista, tampoco de superioridad moral. No es mi intención, abonar al discurso de

que esta generación ya no sabe amar, y por supuesto no me considero parte del grupo que por alguna u otra razón sí sabe. Todo lo contrario, no sé cómo amar, tengo muchas ganas de hacerlo y cuando lo hago, me parece que lo hago mal.

He estado en situaciones en las que me siento impotente, en las que el esfuerzo me parece imposible, en las que el compromiso es una sentencia, en las que las posibilidades me paralizan y abruman. Es por eso, que todo lo que leí y escribí se me asemeja personal. Y aunque mis propios sentimientos y acciones me asustan, siempre he encontrado tranquilidad en reconocer mi propia incapacidad de elección. Así lo planteó Claudio Magris (1997) en su libro *El Danubio*: “Encontrar la inocencia en la convicción de que es imposible ser culpables porque es imposible elegir y actuar de forma autónoma”.

Si esta investigación tiene un propósito, en todo caso sería proveer consuelo a todos aquellos que, al igual que yo, sienten que no saben amar y se preguntan por qué. Antes de ponernos etiquetas, antes de señalar a particulares, “tal es un pendejo” “tal no tiene responsabilidad afectiva”, hay que entender que no tenemos tanta autonomía como pensamos, y que nuestras visiones de vida y acciones están atravesadas por todo tipo de fenómenos y experiencias. Si no amamos profunda y responsablemente, no solo es por nuestra propia incapacidad. La economía, la sociedad, la cultura nos empujan al individualismo, a romper con lo tradicional y antiguo.

No ahondaré en el tema del libre albedrío, porque da para otra investigación de extensa, pero sí quiero aclarar que el conocimiento de este trabajo me ayudó a entender muchas cuestiones más frustrantes en el amor. Como escribió Thomas Mann en *La muerte en Venecia* (2020), “comprenderlo todo, es perdonarlo todo”. Al menos yo, después de cuatro meses de aprendizaje me siento compasiva y benevolente ante nuestra impotencia.

Hay otros dos motivos que me impulsaron a escoger este tema que son más personales. El primero, es que hace poco más de un año terminé una relación larga con alguien al que amé. Fue mi decisión separarnos, ya no me sentía enamorada. Porque nos quisimos mucho, y aparte habíamos sido mejores amigos, mi exnovio me pidió explicaciones que no supe dar. Hasta ese entonces yo consideraba que sí sabía amar, afirmaba que entendía lo que era el esfuerzo y la voluntad en una relación y me describía como una romántica. Muchas veces critiqué a todos y todas aquellas que se iban una vez que la fase del enamoramiento acababa, o que huían

ante los problemas. Y el amor no era sólo una dimensión en mi vida, también era gran parte de mi identidad. Cuando terminé esa relación ya no sabía quién era, qué le podía aportar a los demás; me sumí en el silencio. A partir de ese momento entendí que lo peor que puede hacer alguien joven, es posicionarse, tener opiniones fuertes, idílicas que no se han puesto en práctica cuando la crisis azota, y por fin se desvelan los verdaderos colores. Como lo expuso Nietzsche (Derrida, 1976), la identidad es un contrato que uno firma consigo mismo y por el cual se endeuda. Uno puede mostrar y decir ciertas cosas sobre sí mismo, pero no es hasta la muerte, cuando se sabe si saldó esa deuda. Por eso, he antepuesto el entender que el criticar. En todos los sentidos, esa ruptura fue un baño de humildad.

El segundo motivo de esta investigación fue una especie de venganza personal. Desde pequeña, la sociedad me planteó que, como mujer, lo máximo a lo que puedo aspirar en la vida es el amor. Películas de princesas, canciones, telenovelas, todas las señoras bien peinadas que iban a recoger a sus hijos a la salida de la escuela. Todo en mi pequeña esfera social, me sugería que el amor era la única cosa que valía realmente la pena. Por supuesto, para los hombres, había otro tanto de opciones. Nunca fui tan fiel ni sentí tanta ilusión como cuando tenía trece o quince años, y sin nada mejor que hacer, me enamoraba perdidamente de chicos que pasaban por los pasillos de la escuela. Ni nunca me decepcioné tanto cuando me di cuenta de que efectivamente el amor no era suficiente.

Ocho meses después de terminar mi relación me encontraba de intercambio en Buenos Aires. Una noche de viernes me sentí especialmente feliz. Estaba en mi departamento en la calle Paraguay con mis dos compañeras de piso que se habían convertido en mis mejores amigas, y otros tres amigos que consideraba mis hermanos. Estábamos tomando vino mientras nos arreglábamos para salir. Todos teníamos nuestras microhistorias de amor, que no importaban en absoluto. Todos estábamos emocionados por lo que podría pasar esa noche —que tampoco podía ser mucho, salíamos todos los viernes—. Pero rodeada de mis amigos, viviendo en una ciudad tan al sur, me sentí de repente más querida y feliz que nunca. Me pregunté si una vida como la que llevaba era posible, llena de libros, cigarros, conversaciones profundas, risas, amistad, vino. Ahí fue cuando se me ocurrió por primera vez que el amor pasó de moda. Me sentí aliviada, por fin libre de esa creencia absoluta de que el amor romántico en pareja era lo único que me podía hacer feliz.

5. Conclusiones

A lo largo de esta investigación puede parecer que me he contradicho varias veces, entonces quiero usar el espacio de conclusiones para matizar las aseveraciones que he hecho y retomar algunos puntos generales.

He afirmado que para que el amor dure, es necesario espacio e individualidad, que siga trayendo cosas nuevas a tratar en la relación. Sin embargo, también es necesario, ceder, preservar, esforzarse, y admitir que se necesita al otro. Más que una contradicción, esto me parece que es como todo en la vida, una búsqueda de equilibrio. He celebrado las nuevas libertades que trae la modernidad a la mujer y a la sociedad, pero a la vez he criticado los vacíos existenciales que cimenta en los individuos. La modernidad, solo existe para cierto sector de la población, y aquellos que estén alumbrados por los muchos beneficios que tiene, deben de permanecer conscientes de que somos entes colectivos y que encontraremos mayor gratificación juntos que aislados. Recordemos que esta investigación no solo se trata sobre el amor, creo firmemente que tenemos que esforzarnos en todos los ámbitos que existen, ser conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor, y sobre todas las cosas, ser compasivos con las personas. Y que otra manera de lograr estos objetivos que, creciendo en una familia amorosa, manteniendo relaciones respetuosas.

Reitero, que la economía se beneficia de la individualización, y este proceso no es causado directamente por el neoliberalismo. Por ejemplo, los países con más hogares unipersonales —en los que vive la gente sola— son 45,8% Noruega, 44,1% Dinamarca, 43,0% Finlandia. Estados Unidos, Reino Unido y otros países europeos se mantienen con índices mayores al 25%. En México el 10% de los hogares son unipersonales. Esta práctica empezó a partir de la década de los sesenta y ha estado incrementando junto con las décadas (Ortiz–Ospina, 2019). En el Reino Unido, en 2018 la primera ministra Theresa May creó el Ministerio de la Soledad, ya que esta problemática afectaba a nueve millones de personas (BBC, 2018).

He hablado sobre el desamor como un factor natural en las relaciones y he anotado la resistencia —también natural— que sentimos ante este estado. Y, sin embargo, celebro que las relaciones puedan disolverse más rápido una vez que alguna de las partes ya no corresponde a la otra. Recordemos que la tasa de divorcios está aumentando (65% en la última década) según el INEGI (2022). Y me

parece que es un logro que los divorcios no impliquen un castigo social o legal desmesurado.

Los matrimonios, como lo expuse, están disminuyendo. En parte porque han perdido el respaldo de instituciones antes rígidas como el Estado o la Iglesia, en parte porque ya no tienen una función social tan estricta. Paradójicamente, justo cuando la institución está en decaída, aprobaron el matrimonio entre homosexuales este 2023. La unión legal aún tiene ventajas que no deben pasar inadvertidas como la herencia, o la pensión por viudez, que hacen que sea una opción atrayente para las parejas. Por estas razones y otras de carácter social, no creo que la gente se deje de casar.

Lamentablemente, las cifras de violencia hacia la mujer siguen aumentando y la mayoría de los delitos se cometen por parte de las parejas. En el 42% de los casos, el perpetrador es el conyugue, y el 21% la expareja (Montserrat, 2023). El Informe de Violencia contra las Mujeres de la Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana constató que, en el 2022, hubo 251 mil 159 víctimas de violencia familiar. Las mujeres sufren todo tipo de violencias dentro de las relaciones amorosas.

El amor está atravesado por muchísima violencia física y emocional. En el mejor de los casos, el matrimonio es un enfrentamiento de voluntades (Gornick, 2023). “Uno u otro de la pareja estaba constantemente sujeto a una presión, amable, sutil, amorosa, para que mudara de forma; para que se sometiera; para que se plegara al antojo del otro.” Por eso me voy a tomar estos últimos párrafos para hablar sobre prácticas buenas en el amor, según la psicóloga Maelvi Lizette Muñoz.

Es recomendable saber estar solo, ya que el amor construye la ilusión de que va a acabar con la soledad, pero en realidad se trata de algo inestable, cambiante. Para esto Muñoz recomienda ir a terapia, especialmente en momentos en los que no hay crisis, para sanar los traumas de infancia, que reviven en las relaciones. También recomienda crear una pareja simétrica, es decir, que ambas partes se encuentren en igualdad de condiciones, ambos tengan intereses y se acompañen mutuamente. Muñoz habla de que la mayoría de las parejas son asimétricas, se complementan, y dependen de una de la otra. Esto provoca resentimientos e injusticias en las relaciones. Además, mantener una comunicación constante, cada tanto juntarse para hablar sobre el futuro, renegociar aspectos sobre la relación incluyendo si aún quieren mantenerse en ella.

En fin, el amor sí existe. La misma cultura, lo reafirma con el sinfín de películas, libros y canciones que se estrenan año tras año sobre el tema. Existe en un espacio de tiempo limitado. Bauman (2001) decía que el amor y la muerte son las mayores causas de incertidumbre en la vida, les tememos, y, sin embargo, no hay manera de escaparles. No sé si se puede amar bien, las relaciones humanas son frágiles, requieren de consciencia y cuidado, pero conozco algunas personas que lo intentan, y también que lo logran. Sin embargo, el amor, como fuente ilimitada de conocimiento, como sentido de vida, como proveedor único de la felicidad, queda bastante corto. El amor existe, pero pasa de moda. Sin embargo, hay algunas cosas que nunca pasan de moda, como el amor entre padres e hijos, la amistad, la complicidad.

6. Bibliografía

- Acera, F. M. (1989). "Canciones de amor y muerte en la poesía latina del Renacimiento". *Revista de Filología Clásica* (3).
- Alberoni, F. (1984). *Enamoramiento y amor*. México: Gedisa.
- Alba, Alfonso De (2012). *Obras selectas, El toque de queda*. El Colegio de Jalisco. México.
- Alonso, José Antonio (2009). "Las fallidas promesas laborales de la estrategia neoliberal en México y Brasil". *Aportes*, vol. XIV, núm. 40, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Consultado en: Redalyc. Las fallidas promesas laborales de la estrategia neoliberal en México y Brasil
- BBC (2018). "La soledad, un mal contemporáneo mundial que en Reino Unido ahora es asunto de Estado". BBC. Consultado en: La soledad, un mal contemporáneo mundial que en Reino Unido ahora es asunto de Estado - BBC News Mundo
- Baqueiro, Edgard (1971). "El derecho de familia en el Código Civil de 1870". Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM. Consultado en: <www.bibliojuridica.org>.
- Bauman, Zigmunt (2007) *Amor Líquido*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- Benítez, Fernando (1984). *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*. México: FCE/CREA.
- Benjamin, Walter (1997). *Diario de Moscú*. Madrid: Taurus.

- Benitti, María José (2010). "El estadio estético de Kierkegaard en las categorías lógicas de Hegel: inmediatez, reflexión y posibilidad formal". *Enfoques*, vol. 22 no.1. Libertador San Martín.
- Butler, S. (2017). *Autoerotism. Macquarie Dictionary* (7a ed.). South Yarra: Macquarie Dictionary Publishers.
- Castells, M. (2000). *La era de la información, economía, sociedad y cultura. Vol. 2*. México: Siglo XXI.
- Castillo, G. (2003). *El adolescente y sus retos: la aventura de hacerse mayor*. Madrid: Pirámide.
- Carrera Barroso, José Antonio (2023). "Los matrimonios se reducen más 20% en última década: divorcios aumentan 65%". *Vía Alternativa*. Consultado en: Los matrimonios se reducen más 20% en última década: divorcios aumentan 65% – Tercera Vía (terceravia.mx)
- Caruso, I. (1969). *La separación de los amantes*. México: Siglo XXI.
- Carver, Raymond (1993). *De qué hablamos cuando hablamos de amor*. Barcelona: Anagrama.
- Chilton, Martin (2023). Deconstructing The Love Song: How And Why Love Songs Work. *Discover Music*. Consultado en: <https://www.udiscovermusic.com/in-depth-features/deconstructing-the-love-song-how-they-work/>
- Collignon, María M. y Zeyda Rodríguez (2010). "Amor y sexualidad en jóvenes mexicanos del siglo XX, en La vida amorosa, sexual y familiar en México". ITESO/Universidad Iberoamericana.
- Derrida, J. (1975–1976). *La Vida, La Muerte: Seminario*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Díaz–Loving, Rolando, Canales, Rolando y Gamboa, Montserrat (2014). "Desenredando la semántica del amor en V lustros de investigación en la Psicología Social en México". Asociación Mexicana de Psicología Social. Consultado en: V lustros de investigación en la Psicología Social en México: (researchgate.net)
- Espada, Mariah (2023). "TikTok Is Celebrating 'DINKs': Double Income No Kids Households". *Time*. United States. Consultado en DINKs, Double Income No Kids, Are Taking Over TikTok | Time
- Esteinou, Rosario (2008). "La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX". México: CIESAS / Miguel Ángel Porrúa.

- Esteinou, Rosario (2016). "Intimidad y amor romántico entre 1900 y 1950 en México: discursos y normas". *Revista Ciencias Antropológicas*, vol. 24 no. 68.
Consultado en: <https://www.scielo.org.mx/pdf/crca/v24n68/2448-8488-crca-24-68-35.pdf>
- Evans, Mary (2003). *Love, an unromantic discussion*. Cambridge: Polity.
- Expansión (2023). "Estas son las peores crisis económicas de México". *Expansión*.
Consultado en: <https://expansion.mx/mercados/2023/09/30/peores-crisis-economicas-de-mexico>
- Fernández, Rosa (2023). Ranking de los 10 países con mayor número de divorcios en el mundo en 2020. Statista. Consultado en <https://es.statista.com/estadisticas/962925/paises-con-mayor-numero-de-divorcios/>
- Florida, Richard (2002). *The Rise of the Creative Class: And How It's Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life*. Nueva York: Basic Books.
- Franco, Jean (1994). *Las conspiradoras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, Erich (2002) *El arte de amar*. México: Paidós.
- Forte, Alma Luz (2014). "La cultura del narcisismo y el deseo de ser siempre joven. Un fenómeno sociocultural sutil y perverso". Trabajo presentado en XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), Lima. Consultado en <http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/GT11-Alma-Luz-Forte.pdf>.
- Foucault, Michel (2002). *Historia de la sexualidad, la voluntad de saber*. México. Siglo XXI.
- Garza Arregui, de Bernardina (2017). "El matrimonio según la epístola de Melchor Ocampo". *MX City Guía insider*. Consultado en: <https://mxcity.mx/2017/03/matrimonio-segun-la-epistola-melchor-ocampo/>
- Gerli, M. (1980). "Eros y ágape: el sincretismo del amor cortés en la literatura de la baja Edad Media castellana". Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas (pp. 316–319). Toronto: University of Toronto.
- Giddens, Anthony (2006) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra–Teorema.
- Girard, R. (1961). *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama.

- Gómez Porchini, José Manuel (2014). "El matrimonio y la epístola Melchor Ocampo". *Justicia México*. Consultado en: <http://justiciamexico.mx/vp-ind.php?id=257&categoria=economia>
- Gornick, Vivian (2023). *El fin de la novela de amor*. Madrid: Sexto piso.
- Hochschild, Arlie R. (1979). "Emotion work, feeling rules, and social structure". *American Journal of Sociology*. Consultado en: Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure | American Journal of Sociology: Vol 85, No 3 (uchicago.edu)
- Horno Goicoechea, Paulina (2018). "El amor y el desamor en la adolescencia". *Adolescere*, vol. VI, núm. 2. Consultado en: 78e1-e6-El amor y el desamor en la adolescencia.pdf (adolescenciasema.org)
- Hooks, Bell (2002). *Todo sobre el amor*. Madrid: Paidós.
- INEGI (2023). Estadística de divorcios de 2022. INEGI. Comunicado de prensa núm. 564/23 Consultado en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/EstMat/Matrimonios2022.pdf#:~:text=El%20total%20de%20matrimonios%20por%20entidad%20federativa,se%20presenta%20en%20la%20tabla%201%20del%20Anexo.>
- Illouz, Eva (2020). *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas*. Buenos Aires: Katz Conocimiento.
- INEGI (2023). "Estadística de divorcios (ed) 2022", Comunicado de prensa número 563/23. Consultado en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/EstDiv/Divorcios2022.pdf>
- INEGI (2022). "Natalidad y fecundidad". INEGI. Consultado en: Natalidad y fecundidad (inegi.org.mx)
- Jaccard, Roland (1980). "L'amour en miettes", De l'amour, dossier de *Magazine Littéraire*, no 163, p. 33.
- Jamieson, Lynn (2002) *Intimacy*. Polity Press: Cambridge.
- Jarvie, Catherine (2003). "Tease for two". *The Guardian*. Consultado en Tease for two | | The Guardian
- Kemp, Simon (2023). "Digital 2023: Global Overview Report". Data Portal.
- Kristeva, Julia (1983). *Histoires d'amour*. Folio Essais/Denoel.
- Kundera, Milan (2008). *La inmortalidad*. México: Tusquets.

- Lagarde, M. (1997). *Género y feminismo*. Madrid: Horas y Horas.
- Magris, Claudio (1997). *El Danubio*. Barcelona: Anagrama.
- Mann, Thomas (2020). *La muerte en Venecia*. México, DeBolsillo.
- Matthews–Grieco, Sara (2005). "Cuerpo y sexualidad en la Europa del Antiguo Régimen", en Alain Corbin, *Historia del cuerpo. Del Renacimiento a la Ilustración*, vol. 1, Madrid: Taurus.
- Marcial Vázquez, Rogelio (2013). "¿Por amor o por placer sexual?: disputas, acuerdos y poder en socialidades sexo–afectivas entre jóvenes de Guadalajara". En *Socialidades y afectos Vida cotidiana, nuevas tecnologías y producciones mediáticas*. Universidad de Guadalajara: Guadalajara.
- Consultado en:
Nostalgia_online._Uso_de_internet_en_un_contexto_migatorio_en_libro_Socialidades_y_Afectos.-libre.pdf (d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net)
- McNair, Kameron, y Lee, Juhohn (2023). "¿Por qué cuesta más estar soltero que en pareja en EEUU?". *CNBC*. Consultado en: Por qué es tan caro estar soltero en Estados Unidos – Telemundo Denver
- National Geographic (2023). "Qué es el amor según las ciencias". *National Geographic*. Consultado en: Qué es el amor según la ciencia | National Geographic (nationalgeographicla.com)
- Núñez Noriega, Guillermo, Zazueta Luzanilla, Edgar Iván (2012). "Modernidades e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México". *Estudios Sociales*, núm. 2. México. Consultado en: (PDF) Modernidad e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México. (researchgate.net)
- Lasch, Christopher (1999). *La cultura del narcisismo*. Buenos Aires: Editorial Andrés Bello.
- Lessing, Doris (2007). *El cuaderno dorado*. México: Punto de lectura.
- Paz, Octavio (1993). *La llama doble: amor y erotismo*. México: Seix Barral.
- Platón (1966). *El banquete o de amor in Diálogos*. Buenos Aires: Austral, Espasa–Calpe
- Powell, Anastasia (2010). *Sex, power and consent: youth culture and the unwritten rules*. Cambridge: University of Cambridge Press.

- Quilodrán, Julieta (2019). "Matrimonios civiles y divorcios en México: una historia secular". *Coyuntura Demográfica*. México.
- Santa Bañeres, Àngels (1996). "El desamor". Lleida: Universitat de Lleida.
Consultado en: 94771-Text de l'article-142717-1-10-20080819.pdf
- Secretaría de Salud (2018). "Embarazo en niñas y adolescentes". Consultado en:
Embarazo en niñas y adolescentes | Secretaría de Salud | Gobierno | gob.mx
(www.gob.mx)
- Stenberg, R. (1986). A triangular Theory of love. *Psychology Review*, 93 (2), 119–135.
- Ramírez, Tania (2021). "El Estado no puede seguir ignorando la violencia contra la niñez. La venta de niñas y adolescentes es una violación a los derechos humanos que las autoridades mexicanas deben impedir". *Red por los derechos de infancia*. Consultado en: <https://derechosinfancia.org.mx/v1/el-estado-no-puede-seguir-ignorando-violencia-contra-ninez-venta-de-ninas-y-adolescentes-es-una-violacion-a-derechos-humanos-que-autoridades-deben-impedir/#:~:text=La%20venta%20de%20ni%C3%B1as%20y%20adolescentes%20es%20una,entre%20enero%20de%202015%20y%20julio%20de%202021>.
- Real Academia Española (2022). Desamor. Consultado en: desamor | Definición | Diccionario de la lengua española | RAE - ASALE
- Rilke, Rainer María (1985). *Cartas a un joven poeta*. México: Premiá.
- Rocha, Martha Eva (1996). "Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870–1968. Historia de un proceso secular". *Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, núm. 35, México. Consultado en:
<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo%3A18295>
- Rodríguez, Gertrudis (2020). "10 países con la tasa más alta de divorcios". *Earth World*. Consultado en: 10 países con la tasa de divorcio más alta (earthnworld.com)
- Rodríguez Salazar, Tania y Rodríguez, Zeyda (2015). "El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto". *Comunicación y Sociedad*, no. 25. Guadalajara. Consultado en:
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-252X2016000100002&script=sci_arttext
- Rose, Gillian (1995). *Love's work*. Nueva York: Oceano.

- Rougemont, Denis (1979). *El amor y Occidente*. Madrid: Kairós.
- Roussel, L. (1987). “Deux Décennies de Mutations Démographiques (1965–1985) dans les Pays Industrialisés”. *Populations*, vol. 42, núm. 3. París.
- Rubin, Z. (1973). *Linking and Loving: An Invitation to Social Psychology*. Nueva York: Reinhart & Winston.
- Ortega y Gasset José (1981). *Unas lecciones de metafísica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ortiz–Ospina, Esteban (2019). “One–person households are becoming increasingly common across the world. In this post we explore the data behind this trend”. *Our World in Data*. Consultado en: The rise of living alone: how one-person households are becoming increasingly common around the world - Our World in Data
- Tanner, J. L. y Arnett, J. J. (2009). “The emergence of “emerging adulthood”: The new life stage between adolescence and young adulthood”. A. Furlong *Handbook of Youth and Young Adulthood* (pp. 39–45). Londres.
- Tovar, Tenorio Natalia (2012). Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad. Ciudad de México. *Sociológica*, vol. 27, no. 76.
- UNAM (2019). “Píldora anticonceptiva, la mayor contribución científica de México. *Gaceta UNAM*. Consultado en: Píldora anticonceptiva, la mayor contribución científica de México | Fundación UNAM (fundacionunam.org.mx)
- Valenzuela, José Georgette (2015). “Los claroscuros de la presidencia de Plutarco Elías Calles ¿El hombre fuerte de los 20?” en *Gobernantes mexicanos II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vilet, Mariana y Galán, Jaime (2021). “Apropiación del cuerpo: autoerotismo y machismo sexual”. *La Ventana*, vol. 63. Guadalajara. Consultado en: Apropiación del cuerpo: autoerotismo y machismo sexual (scielo.org.mx)
- Vínolo, Stéphane (2010). “Ipseidad y alteridad en la teoría del deseo mimético de René Girard: la identidad como diferencia”. *Universitas Philosophicas* vol.27 no. 55 Bogotá. Consultado en : http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0120-53232010000200002&script=sci_arttext

Wardropper, Bruce (1958). "Historia de la poesía lírica a lo divino en la cristiandad occidental". *Revista de Occidente*: Madrid.